



**MADRE MARÍA ANTONIETA
DEL CORAZÓN DE JESÚS**
RELIGIOSA DE LA ASUNCIÓN

LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER

SEGÚN
MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS
FUNDADORA DE LA ASUNCIÓN
1817 - 1898

PRÓLOGO DE
SU EXCELENCIA MONSEÑOR DE LLOBET
ARZOBISPO DE AVIÑÓN

NIHIL OBSTAT:
DR. ANDRÉS DE LUCAS,
Censor.

IMPRÍMASE:
✠ **CASIMIRO, Obispo Auxiliar**
y Vic. Gen.

Madrid, 4 de mayo de 1949

**A LA MUY REVERENDA MADRE MARIE-JOANNA
A AQUELLA QUE, POR SU VIDA,
AÚN MÁS QUE POR SUS PALABRAS,
ME HA REVELADO LA ASUNCIÓN
ENSEÑÁNDOME LAS BELLEZAS DE LA LABOR DE EDUCADORA,
DEDICO FILIALMENTE ESTAS PÁGINAS.**

ADVERTENCIA

De acuerdo con el decreto de Urbano VII, declaramos que la relación de gracias particulares y los títulos de veneración que damos en esta obra, sólo tienen un valor puramente humano y privado. En modo alguno tratamos de anticiparnos al juicio de la Santa Iglesia, a la cual nos sometemos sin reserva.

PRÓLOGO

¿Quién es capaz de negarse a rejuvenecer, retrocediendo en el tiempo hasta llegar a los días en que, a nuestros ojos de colegiales, la palabra «vacaciones» tenía un sentido lleno de fascinadoras emociones? Bueno es que tratemos de revivir, por lo menos en espíritu, alguna de aquellas jornadas en la compañía imaginaria de los que hoy tienen la dicha de ser lo que fuimos nosotros ayer o anteayer. Dios me libre de establecer ninguna clase de relación entre la página que me piden que escriba hoy al principio de este estudio y un lejano deber de vacaciones. Además, ¿por qué había de asombrarme yo, en estos tiempos en que los papeles se invierten con tanta frecuencia, al ver que una antigua alumna impone su deseo a un anciano capellán. incluso prevaleciendo de citas de sus sermones, que había conservado en la memoria? ¡Fueron tan provechosos los dulces años de capellán de la Asunción consignados al principio de mi carrera sacerdotal!

Estamos ahora frente a un retrato y frente a un método: un retrato, porque, sin deslizarse sobre el

campo de la biografía, este estudio presenta con claridad los rasgos de un alma, hasta el punto de reconocerla entre mil, sin haberla encontrado, por su rectitud natural, por la fuerza animadora que nace de su boca. Escuchémosla hablar: creemos ver la pureza de su mirada, la tranquila firmeza de su fisonomía, la dignidad de su actitud.

¿Método?, ¿teoría?, ¿doctrina? La palabra es lo de menos. Lo que indiscutiblemente destaca es la inteligencia poco común de donde proceden sus apreciaciones y, si se juzga desde el punto de vista sobrenatural, la asistencia divina que acompaña su misión. Bajo el lápiz del autor, tesis y figura se confunden, método y retrato se completan.

Educación, es decir, literalmente, hacer subir las almas (1), toda la vocación de la Madre María Eugenia de Jesús se contiene en esta fórmula. A diferencia de muchos teóricos de la educación que parten de la indigencia del niño y de lo que es conveniente darle, sitúa ella, sobre todo, a la educadora en presencia de su misión. Sin que lo parezca, forma en ésta un alma de madre, iba a decir de santa, antes de referirse a la persona del niño; porque es casi la perfección adquirida lo que ella requiere de aquellas que se entregan al cuidado de los niños. Las desea olvidadas de sí mismas y subordinando a este fin todos sus esfuerzos personales.

(1) En el original francés, hay aquí un juego de palabras intraducible: *élever* puede ser, indistintamente, elevar o educar, según el sentido que tenga la frase. Monseñor de Llobet dice, como vemos, que educar es elevar a las almas. (Nota del traductor.)

Por otra parte, y sin que el autor insista en ello, hay que hacer notar que las ideas de la Madre María Eugenia de Jesús no son el fruto laborioso de la experiencia. Desde su iniciación están en plena madurez. Su voluntad capta el fin aun antes de comenzar, y los resultados se comprueban, sin que se acuse la marcha efectiva de su observación.

La obra de la Madre María Eugenia y su Congregación nacieron de un deseo de adaptación al tiempo en que Dios la llamó a la vida. Se dirige a una época y a una clase. Las que tienen el honor de continuarla, creerían que se separaban de ella si la conducta de su obra permaneciera estabilizada en métodos ya superados por otros y sujeta a reglamentos en desuso. Por definición, la educación integral y total que ella pretende dar debe responder a las exigencias del momento. Demos por hecho que los principios permanecen y los procedimientos cambian, y confesemos que el verdadero espíritu de la fundadora alienta en esta movilidad, que ha llegado a ser inevitable por la rápida fluctuación de las costumbres y de las necesidades.

Son inmutables en el individuo las leyes de la Naturaleza; solamente algunas se prestan a ligeras modificaciones. En otros terrenos, el social o el político, por ejemplo, las formas y las reformas son ilimitadas. «Hacer algo nuevo» es el programa anticuado que reaparece periódicamente después de cada crisis social. Se raspan las fachadas, se cambian los rótulos, y el pasado sigue. En Roma, hace cincuenta años, tuvieron el capricho de reunir en un museo

numerosos bustos antiguos, presentando los diversos géneros de peinados, correspondientes a uno y otro sexo, en boga bajo la República y bajo el Imperio. Basta con visitar este «salón del peinado» para darse cuenta de que la moda vuelve y no posee el secreto de renovar indefinidamente las bellezas de los adornos capilares.

Digresión maliciosa, de la cual me excuso, apresurándome a decir que no sucede lo mismo con la educación, porque ésta se dirige al intelecto más que a lo humano y, por lo tanto, permanece abierta a todos los beneficios del progreso. Como la ciencia no es más que un progreso hacia el Infinito, seudónimo de Dios, el puesto de la religión está siempre en la vanguardia de este camino. Monseñor Gerbert nos impide olvidarlo cuando escribe: «Todas las vías de comunicación que se abren para la humanidad, buscan a Dios.»

Es preciso que en la maestra haya mucha sabiduría y aún mayor virtud, para que se mantenga a la altura en que se pretende colocarla. Saber y virtud han de ir unidos, porque las «ascensiones de la ciencia facilitan la asunción de las almas hacia el cielo».

¿Qué se quiere hacer del alumno? ¿Un diplomado?, ¿un espíritu que sepa?, ¿un espíritu que sepa hacer? En este caso podría ser suficiente cultivar la inteligencia y despertar las cualidades naturales. ¿Se prevé, a través de su misión en la vida, su destino y sus relaciones para con Dios? Si es así, se hará una completa labor de educadora. Esta cuestión no se plantea en lo que se refiere a la Madre María.

Eugenia. Por eso, la fe y el deber aparecen, muy en relieve, como los dos polos alrededor de los cuales gravita la educación.

Cada ciencia, por su aportación, debe contribuir al enriquecimiento de la fe y a una concepción más firme del deber. ¡Ah!, ¡participemos de la convicción de la Madre María Eugenia, que hace de la Historia una poderosa fuerza de formación! Mirar la Historia, una vez controlada su veracidad, como si fueran anales íntimos, como papeles de familia donde se consignan, ¡cuántas veces con sangre!, la línea de conducta que hay que seguir, la fidelidad que se ha de profesar. La vida y la muerte de un personaje, en su propio marco, con frecuencia heroico, son más decisivas para determinar un carácter que la disertación de un filósofo. La formación de un alma aventaja, ¡y de qué manera!, al modelado de una estatua o a la pintura de un lienzo; un alma de adolescente es vida en fusión; hay que prepararla a la vez para el porvenir próximo y para la eternidad.

Añadamos que ver claro lo que es permite prever lo que podrá ser, y una estimación juiciosa de las aptitudes naturales permite adivinar el nivel hasta el cual puede aspirar cada uno.

Se asombrarán algunos de que el apostolado del medio por el medio, el sentido social que consideraban como hallazgo reciente, esté ya preconizado y practicado por la Madre María Eugenia. Bajo pretexto de igualdad y de justicia, no se priva de adornarlas con el encanto de la bondad y con las delicadezas de la cortesía.

No agraviemos al pasado por no haber pedido a la educación una impedimenta cuya necesidad no se experimentaba. Otros tiempos llevan consigo otras condiciones de vida y otra oportunidad de formación. La pedagogía es una antigua y noble dama que supo, de acuerdo con los siglos, cortar de la misma tela un jubón estilo Luis XIII y un traje de última novedad.

Quede dicho esto para pagar, a media voz, mi tributo de laudator temporis acti a los maestros que dejaron bien impresa su huella y cuya rectitud nos hizo desconfiar de los mil clisés que más adelante fueron propuestos a nuestra admiración.

Algunos capítulos, bien hilvanados, nos dicen cómo se adquiere el carácter. Son volúmenes y volúmenes que, desgraciadamente, se podrían titular: «Cómo no se ha llegado a ser un carácter.» Mea culpa tardío, cuya amargura quieren evitar a sus alumnas las educadoras de la Asunción. Ternura de madre y caridad sobrenatural se unen para inclinarse sobre las naturalezas ingratas, difíciles, incluso extraviadas, para desear con voluntad de conquista arrancarlas al mal y entregarlas a Dios. He aquí con toda claridad hasta dónde puede llegar la religión de una manera única y en qué sólo ella puede superar a todo lo demás.

De aquí y de allá espigamos pensamientos que valen más que el oro: «La esperanza añade la eternidad al tiempo», «Esperar es tener ya un pie en el infinito, en el cielo», «¿Qué es un afecto natural? Es una forma del amor propio», «El corazón de Dios ha

deseado el corazón del hombre..., y espera de él un amor que debe ser una de las glorias accidentales de la divinidad. Más de un lector hará votos por que un día se reúnan y publiquen estas fórmulas, no menos para edificación de la religiosa, que para beneficio de la educadora.

La originalidad de este trabajo está, por una parte, en el paralelismo de las intenciones que inspiran las educadoras y los sentimientos que despiertan en el alma de las alumnas. A través de estas páginas parecemos oír al corifeo y al coro antiguo dándose la réplica en escena y decir alternativamente el fin que se perseguía y los frutos recogidos. Preciosos testimonios que prueban la profundidad que han alcanzado las raíces de la fe y del deber.

Espero que el autor no me reprochará que haya descubierto su pensamiento al declarar que el método preconizado por la Asunción no pretende en modo alguno el monopolio. Por el contrario: todos los derechos de adopción, de imitación y de reproducción están liberalmente concedidos. ¿Qué objeto tendrían estas páginas si no fuera el de beneficiar a los demás con las ventajas comprobadas y los resultados obtenidos?

La lectura de este estudio termina en un capítulo que, por poco, censuraríamos al autor que lo haya reservado para el final. ¿No sería el prólogo más indicado y la mejor de todas las presentaciones el relato de aquella hora vivida en el Vaticano, el domingo 19 de mayo último, en la que el antiguo profesor y protector de la Asunción del Corso de Italia

se reveló en la augusta persona de Su Santidad Pío XII? Al dar cuenta de esta solemne audiencia pontifical al Instituto de la Asunción, anuncia el Osservatore Romano en letras mayúsculas: «NORMAS INSPIRADAS DEL SANTO PADRE PARA LA MISIÓN ESENCIAL DE LA MUJER.» Y un extenso panegirico de la obra de la Madre María Eugenia de Jesús permite adivinar el conocimiento familiar que tiene el Santo Padre de este Instituto y su interés por una causa ya adelantada en la Congregación de Ritos.

¿Cómo sería posible que un alma a quien le fué concedido el don de indicar a tantas otras de hoy y de mañana el camino de la santidad, no tuviera acceso ella misma cerca de Dios, entre las Vírgenes que celebran eternamente la Asunción de la Bienaventurada Virgen María?

19 de agosto de 1946

GABRIEL DE LLOBET.
Arzobispo de Arión.

INTRODUCCIÓN

Esta tesis no carece de defectos. Mis jueces del 7 de junio de 1945, a pesar de su extremada indulgencia, no permitieron que me hiciera ilusiones, y cuando ojeo las notas donde, después de los cumplidos de rigor, se indican sus legítimas críticas, haría con gusto el gesto decisivo... ¡y clásico! de tirar mi manuscrito al fuego. Mas como, indudablemente, no habría una mano caritativa dispuesta a retirarlo y, en resumidas cuentas, cualquier trabajo, por imperfecto que sea, merece vivir cuando se ha puesto en él lo mejor de sí mismo, he renunciado a la prueba del fuego para hacer frente a otra mucho más temible: a la prueba del lector.

¿Cuál fué el origen de estas páginas?

Hace cinco años, el Instituto Católico de París, fiel a su cometido de «instructor», se propuso guiar a los educadores de la juventud en su penosa misión. Con este fin añadió a los organismos que estaban en plena prosperidad un Instituto Superior de Pedagogía, destinado a descartar de los inmensos trabajos emprendidos en nuestros días en el dominio de la psicología y de la pedagogía, las

verdaderas conclusiones y a prevenir, por una sabia evolución, peligrosas reformas que pretendieran imponerse en nombre del progreso científico. Designada para seguir los cursos de Teología del Reverendo Padre Courtade, del difunto Padre de Miontcheuil y de otros eminentes conferenciantes, tuve ocasión de conocer y apreciar, al mismo tiempo, las diversas secciones pedagógicas que tan cumplidamente responden a las exigencias de todos los educadores.

¿Cómo permanecer indiferente ante semejante esfuerzo? Acababa de ser creado un diploma de «Estudios Superiores de Pedagogía» que obligaba a presentar una tesis o una memoria sobre un asunto interesante de la educación. ¿No me permitiría esta tesis que yo *serviera* también en la medida de mis fuerzas a la causa de la enseñanza libre, poniendo mi granito de arena en el edificio que la Facultad Católica eleva a la gloria de Dios?

Sometido este proyecto a la aprobación de Monseñor Calvet y de Monseñor Bressolles, me valió los más preciados estímulos de su parte. A pesar de sus múltiples ocupaciones, tuvieron a bien interesarse por este trabajo, allanando todas las dificultades. Su benevolencia estimuló mi fervor y, gracias a ellos, salió a luz la modesta tesis que hace un año sostuve bajo este título:

MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS
UNA GRAN FIGURA DE EDUCADORA EN EL SIGLO XIX

Pero fué una desdichada idea añadir como subtítulo:

Su pedagogía: ¿Cómo formar un carácter?

¡Su pedagogía!... ¡Cuántas discusiones provocó esta palabra! Con M. Gaëtan Bernoville, hubiera sido necesario precisar: «Hemos de entender con toda claridad en esta palabra, que un uso equivocado ha hecho con frecuencia demasiado rígida, todo lo que lleva consigo de elevada espiritualidad en sus principios y de flexibilidad en los métodos» (1).

Yo había olvidado que en la hora actual significa especialmente técnica y, sin darme cuenta de ello, me aventuré sobre un terreno peligroso, prohibido y reservado tan sólo a los especializados en la materia. Fácilmente se comprenderá mi alarma, su protesta y también su decepción. Y para disipar todo equivoco, varié el título de este libro, dejándolo sencillamente en: EDUCACIÓN DEL CARÁCTER, SEGÚN LA MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS.

Sin embargo, la palabra *pedagogía* se encontrará a menudo en el curso de estas páginas. Que los que la lean la acepten en su más amplio sentido, «arte de educar a los niños», educación integral y total. La «formación del carácter» ocupa un lugar preferentísimo en el pensamiento y en la obra de

(1) *Un Apóstol de la infancia abandonada: Santa Madre Eufrosia Pallatier*, por G. Bernoville. (Ediciones Alsatia.)

la Madre María Eugenia y será el hilo conductor que ha de guiarnos en nuestras investigaciones.

Que se me perdone también el haber trazado una tesis moral donde otros, tal vez, hubieran preferido una exposición más sistemática. Ya se verá, por otra parte, que la Fundadora de la Asunción no fué jamás esclava de un método. Los métodos pasan de moda, pertenecen a una época, mientras que la amplitud y la flexibilidad de la Madre María Eugenia han permitido a sus Hijas, adaptándose continuamente, no variar en lo más mínimo el espíritu primitivo de la Congregación.

El tema de esta tesis no ha sido una sorpresa para nadie: se impuso a mi gratitud de alumna, primero, y después, de Religiosa de la Asunción. Pero el plan adoptado no dejó de provocar algunas objeciones. Hubo quien me aconsejó que prudentemente dividiera este trabajo en dos partes iguales. «¡Antaño... Hogaño!» ¡Plagiar a Víctor Hugo! ¡Ni pensarlo!

Y por añadidura, desde el momento en que poco más o menos se respetan la lógica y el buen sentido, ¿no es siempre digno de defensa un plan?

El libro se abre por una página de Historia que tiene por objeto situar a la Fundadora en su época y en su propio marco. Pudiera titularse esta primera parte: «Historia de una Congregación que llega oportunamente.»

La segunda parte, la más importante, estudia las ideas pedagógicas de la Madre María Eugenia. Se basa en los escritos de la Reverenda Madre y

utiliza también multitud de testimonios de antiguas y de amigos. De este modo, lejos de acantonarnos en el terreno especulativo y teórico, vemos hasta qué realidades concretas llegaron las enseñanzas de la Fundadora. Estos extractos de cartas, estos recuerdos, estos hechos vividos y destinados a ilustrar los principios y a darles aspecto e interés de vida, indican también que las lecciones de la santa Fundadora continúan siempre en vigor en nuestros días.

Por lo tanto, voluntariamente, el presente esconde a veces el pasado. Esta mezcla de anécdotas reciente y de antiguos recuerdos intenta enseñar la continuidad de un espíritu y de una tradición que sobrevive a través de los tiempos.

Se limita la tercera parte a subrayar la belleza de la misión de educadora, tal y como la comprende y la presenta a sus Hijas la Madre María Eugenia. ¿Ha sido alcanzado este ideal? Sobre este punto son a veces nuestras niñas excelentes jueces, y sus cartas, de las que se ha tomado más de una copia, constituyen el más conmovedor y más elocuente de los informes.

Uno de mis «correctores» ha hablado de mis «encantadoras digresiones». ¡Censura más que elogio! Pero estas mismas digresiones me parece que tienen su razón de ser: procurar al lector aquellas *estaciones* (1) de que habla Monseñor Calvet, evitarle en lo posible la monotonía y el aburrimiento

(1) *La Composición francesa*, por Monseñor Calvet.

de una ruta demasiado bien trazada. Estamos en un siglo de fantasía...: que no se me censure el *correr entre malas*. Y— aunque parezca presuntuosa—(1), ¿está prohibido llegar al fin en compañía del amable Montaigne, «por caminos sombreados, cubiertos de césped y llenos de dulce fragancia, deslizándose apaciblemente por una pendiente lisa y fácil?».

Pero ¿en qué queda entonces el rigor científico que tenemos derecho a esperar de una tesis pedagógica? Confieso que es un error tratar a la ligera bibliografía, referencias, notas explicativas y otros «impedimentos» que confieren a un trabajo un aire grave, pedante y un aspecto austero y... triste. Son—me han dicho—otras tantas «asiduidades que merece la Ciencia». Hemos de inclinarnos, por lo tanto, y ofrecer nuestros respetos a esta diosa, a veces demasiado desconocida, sembrando a sus pies los requisitos que reclama.

De acuerdo con un consejo autorizado, he abreviado en estas páginas el lugar que primordialmente se había concedido en ellas al Abate Combalot. Es indudable que merece nuestra gratitud y nuestra admiración, pero está muy lejos de igualar la profundidad de ideas, la sorprendente superioridad de la Madre María Eugenia. Cuando habla él, su pensamiento permaneció con demasiada frecuencia «vago, impreciso, muy dudoso e impugnable en sus fórmulas»: por el contrario, ¡qué cla-

(1) *Essays*, Montaigne.

ridad, qué sensatez, cuánta cordura se encuentran en la joven Fundadora!

Tampoco es igual la actitud que yo llamaría «intelectual», y también en esto toda la ventaja está a favor de la Reverenda Madre. Con el pretexto de «cristianizar toda la enseñanza», el abate Combalot reduce de singular manera la parte de la razón humana y pretende exigir a la fe la clave de todos los problemas. La Madre María Eugenia trata de respetar todo en el ser creado por Dios; sabe que existe el «orden natural» al lado del orden divino y que «restaurar todo en Cristo» consiste en apoderarse del hombre completo, caído por el pecado y regenerado por la gracia, para restituirlo a su lugar en el plan inicial de Dios. Es preciso, por lo tanto, utilizar todos los dones naturales, todas las facultades humanas y desarrollarlas hasta el máximo, para hacerles cantar su parte en el armonioso concierto que entona el Universo a la gloria de su Creador.

La Madre María Eugenia tuvo igualmente el mérito de comprender que la fe y la cultura profana, incluso la pagana, no son incompatibles. En un momento en que una parte del clero y del episcopado francés—bajo pretexto de cristianizar la enseñanza—hablaba de sustituir en los manuales clásicos los textos de un Platón o de un Cicerón por páginas sacadas de los Padres de la Iglesia, exponiéndose con ello a privar para siempre a los creyentes de una cultura completa, ella se pronunció claramente a favor de un humanismo integral.

En fin, si cultiva la ciencia, nunca lo hace por mera concesión a la moda del día: sabe que el hombre está hecho para conocer, que hay «una alegría de saber» y también una nobleza que nos hace más hombres, más semejantes a Dios, por consiguiente. Va, pues, en busca de la verdad con todo lo que hay en su ser de humano y de cristiano.

Dar a conocer la oportunidad y la cordura de estas enseñanzas ha sido una de las razones que dieron lugar a que se escribieran estas páginas.

Monseñor Dupanloup lo escribía hace cerca de un siglo: «No hay que perder la esperanza en una nación—Francia—, sean cuales sean sus desgracias. Hay siempre en ella un recurso admirable que puede ser suficiente para regenerarla. ¿Qué necesita? Únicamente una cosa: que se deje educar.»

Él mismo, asombrado de los resultados obtenidos en la Asunción, deseó sostener algunas conversaciones con la Fundadora y, como consecuencia de ellas, repitió varias veces: «No hay en Francia una sola mujer que comprenda la educación como la Madre María Eugenia.»

En momentos en que Francia trata de recobrar su puesto entre las naciones cristianas, los educadores se preocupan, más que nunca, de preparar a la juventud para su gloriosa misión «reconstrutora». Psicólogos experimentados, al poner el dedo en la llaga, han indicado el mal que nos acaba: el individualismo, con su acompañamiento de egoísmos, de ansias de gozar, de cobardía ante el esfuerzo. Ha llegado el momento de restablecer el

orden de valores, de recordar que el deber ha de superar al placer y la voluntad aventajar a la sensibilidad: en una palabra, «forjar» los caracteres. ¿No es ésta esencialmente la misión del educador?

En un folleto dedicado a la Madre María Eugenia de Jesús educadora, advierte el Reverendo Padre Peillaube: «No nos sorprendería que la Madre María Eugenia de Jesús fuera propuesta como modelo por la Iglesia a todas las maestras de la enseñanza cristiana. ¿Por qué no hemos de buscar desde ahora, cerca de la venerada Madre, lecciones para el presente? Bastaría con dejarla hablar. Nos dirá ella misma cómo comprendía el alma de una niña y qué partido puede sacar una educadora cristiana de las riquezas naturales, tan difíciles a veces de descubrir.»

Me consideraría feliz si este rápido bosquejo contribuyese a sacar de la sombra una figura interesante, pero demasiado poco conocida. Que este estudio haga recordar también a las almas de buena voluntad que la primera misión del momento actual es la formación cristiana de la juventud.

Recuerdo a un viejo artista de la Edad Media que escribía al pie de sus obras estas sencillas palabras: «¡Lo hice lo mejor que pude!» Sea cual fuere la acogida que reserve el lector a estas páginas, lo afirmo sencillamente:

«¡Lo hice lo mejor que pude!»

Paris, Pascua de 1946.



PRIMERA PARTE

**HISTORIA DE UNA CONGREGACIÓN
QUE LLEGA OPORTUNAMENTE**



CAPÍTULO I

ALGUNAS APRECIACIONES SOBRE LA EDUCACIÓN DE LAS JÓVENES ANTES DE 1830

Dios, en su sabiduría y bondad infinitas, dispensa en cada recodo de la Historia el remedio y el auxilio adecuados a las necesidades de la época. Ahora bien: después de 1830, nos encontramos en la actualidad en uno de esos recodos. Recordad el desconcierto que siguió a la tormenta revolucionaria. Voltaire no trabajó en vano en la disociación del alma francesa, arrancándole la fe y el respeto a las tradiciones que constituían la fuerza de nuestra raza. Los que no comparten el odio fanático de los filósofos del siglo XVIII se aletargan en una indiferencia más peligrosa todavía. Se trata de reconstruir el viejo edificio desquiciado. Se suceden los hombres, un Saint-Simon, un Fourier, un Pierre Lerroux, humanitarios saturados de utopías que se comprometen a reemplazar la sociedad cristiana por la de sus fantasías, haciéndose pasar por los mesías de una nueva religión. No se construye sobre quimeras, y sus ensayos fracasaron.

¿De dónde llegará el remedio? ¿Del romanticismo? ¿De la ciencia? ¿Del extranjero?

No desconozcamos los beneficios de un movimiento literario que, sin hablar de sus oradores, nos ha proporcionado tantas obras maestras. Pero tuvo el error de aplicar la fórmula romántica a la vida real. El romanticismo, al exaltar la imaginación y la sensibilidad, ha descentrado las almas, ha atrofiado las voluntades y lanzó a toda una generación a la inactividad y a los sueños. Cuando se nombra el «mal del siglo», se ha dicho todo, y sabemos también la parte que corresponde a la influencia de allende el Rin en estas teorías nebulosas y nefastas.

¿Qué sucede a la juventud en este desconcierto de los espíritus? ¿Quién atiende a su formación intelectual y moral? Mauricio Donnay, en el libro que dedica al liceo Luis el Grande, titula uno de sus capítulos *La juventud entre las ruinas*. ¡Encabezamiento tristemente evocador! ¿Qué podían esperar las jóvenes de un mundo destruido?

Abramos las memorias del Conde d'Haussonville o los recuerdos literarios de Maxime du Camp y nos conmoverá la vida de los liceos de entonces. Si se encontraban todavía algunos profesores de fama en aquellos centros, donde con frecuencia era la instrucción muy adelantada, carecían de educadores. A partir de la Revolución, muchas órdenes religiosas dedicadas a la enseñanza hubieron de expatriarse, privando a la joven generación de sus mejores maestros. Vegetaba desde entonces encerrada en las casas, que tenían mucho de prisiones, o entregada a sí misma, se educaba

como podía, expuesta al peligro de sus lecturas y de acuerdo con los descos que le señalaban sus caprichos.

Las jóvenes sabían del mismo abandono. Y no obstante, ¡cuántos debates y controversias provocaba su educación! Después de Mme. de Maintenon, Fénelon y Mme. de Lambert, todo el mundo quería tomar parte: en primer lugar, los enciclopedistas, con Diderot al frente; después, Rousseau, Mme. d'Épinay y más adelante Mme. Campan, Mme. de Genlis.

El asunto merecía la pena de ser estudiado. «Las mujeres hacen y deshacen los hogares» (1), y Fénelon, con su gran conocimiento del alma femenina, añadía: «Cuanto más débiles son las mujeres, más importancia reviste fortalecerlas. ¿No tienen deberes que cumplir, y precisamente deberes que son el fundamento de toda la vida humana?» Y fué prepararlas a esta misión penosa, la razón que movió a Mme. de Maintenon a fundar Saint-Cyr. Hacer madres de familia dignas, valerosas y sin orgullo, y, para lograrlo, darles una educación muy moral y muy práctica, sustituyendo las ilusiones que falsean el espíritu y corrompen el corazón por el sentido de lo real, la sencillez y la rectitud. Formar los caracteres había sido la finalidad celosamente perseguida por la incomparable educadora. Durante mucho tiempo sus principios fueron ley, y Saint-Cyr adquirió

(1) *Tratado de la educación de las niñas.*

un renombre universal. Al final del siglo XVIII había perdido mucho de su antiguo esplendor. No supo avanzar con su tiempo, y sus fórmulas pedagógicas, excelentes en 1700, parecían caducas en 1800. La correspondencia de Walpole nos presenta a Saint-Cyr «como una ciudad muerta, sin comunicación con el exterior».

Sin embargo, los conventos del siglo XVIII se aprovecharon mucho tiempo de su fama y adoptaron su forma de organización; pero conservando demasiadas relaciones con la sociedad, dejaron exhaustos los principios de Mme. de Maintenon de su propia esencia. Invariablemente se trataba de preparar a las jóvenes para su vida de mujeres; pero en lugar de darles una formación sólida y verdadera, se contentaban con enseñarles buenos modales, el buen tono y un porte impecable. Instrucción superficial y educación mundana: así podemos resumir la pedagogía de estos internados, reflejo de la sociedad de entonces.

Dos conventos se disputaban el privilegio de educar a las niñas de la nobleza: Penthemon y la Abbaye-aux-Bois. Sobre este último, dirigido por religiosas cistercienses (1), conocemos detalles

(1) Los detalles que se refieren a la Abbaye-aux-Bois están tomados de los *Recuerdos de Hélène Massalska*, por Lucien Pérey. Este convento especialmente conocido por haber residido en él Mme. Récamier, pertenecía desde 1667 a las religiosas cistercienses, que tan cruelmente señala Hélène Massalska en su diario. En el mismo emplazamiento abrieron las Canonisas Regulares de San Agustín un pensionado, que adquirió justo renombre a mediados del siglo XIX. La Abbaye-aux-Bois fué demolida al comenzar el siglo XX.

pintorescos, por el diario de Hélène Massalska, que después fué Princesa de Ligne, y nos hace saber más de una anécdota mordaz, proporcionándonos amplia materia de reflexión. La niña nos cuenta su vida cotidiana, los estudios que la prepararán, ante todo, a conocer los usos del mundo y el arte de la conversación; los juegos—en particular el de la caza a caballo, que la apasiona; las disputas entre las alumnas, las pequeñas camarillas: nada de esto puede sorprendernos, porque es de todas las épocas.

Veamos ahora la figura de Mme. de Rochechouart, maestra general: goza de gran prestigio ante las pequeñas pensionistas, cuyos estudios y educación dirige. Pasa después revista a las otras maestras, casi todas ingresadas en el convento sin vocación, sacrificadas, de acuerdo con las costumbres de la época, al primogénito de la familia; detalle éste muy importante, porque explica y a veces excusa su actitud respecto a las alumnas, la ligereza con que consideran su penosa tarea de educadoras, las mismas inconsecuencias de su conducta e incluso las rebeldías de las cuales son víctimas.

En un convento no siempre pueden estar de acuerdo todos los caracteres, pero, al menos, que la dignidad y el respeto mutuo permanezcan intactos ante los ojos de estas sutiles y en ocasiones crueles observadoras que son nuestras niñas. Consideremos una escena tomada a lo vivo. Una maestra de la Abbaye-aux-Bois, Mme. Saint-Jé-

rôme, había llegado a hacerse detestar por las educandas, según nos dice Héléne, sin lograr que la respetaran. «Le faltaba la sangre fría necesaria para estar con las niñas, y cuando imponía un castigo, lo hacía siempre fuera de sí.» Observemos el conocimiento sorprendente que tiene esta niña de diez años de la autoridad y el dominio de sí misma, necesarios a toda educadora. La maestra general consideraba indispensable la marcha de Madame Saint-Jérôme; mas como la orden se hiciera esperar, resolvieron las alumnas conseguirla por la fuerza. Las «conspiradoras», que se distinguían por una insignia verde, se pusieron de acuerdo: no harían nada de cuanto les ordenara Mme. Saint-Jérôme. Mientras ésta guardaba un recreo, dos pequeñas «comenzaron a disputar y concluyeron golpeándose». En vano trató la maestra de separarlas. Al ver que no conseguía su propósito, se encolerizó de una manera espantosa, cogió a una de las culpables «por el cuello y la tiró al suelo tan violentamente, que cayó de narices y sangró. Cuando vimos la sangre, nos reunimos todas a su alrededor y juramos que tiraríamos por la ventana a Mme. Saint-Jérôme, porque había asesinado a una de las nuestras».

La situación llegó a ser trágica, y la desdichada maestra acabó por perder la cabeza; se retiró con el pretexto de ir a denunciar el hecho..., imperdonable falta de estrategia que la niña señala claramente.

Las amotinadas deciden entonces apoderarse de

las cocinas y de la despensa y rendir por hambre a aquellas señoras. Pusieron en la puerta de la cocina a las que desempeñaban aquel servicio y se instalaron en el «centro de la plaza», conservando como rehén a una joven religiosa de dieciséis años, mientras unas treinta educandas defendían los accesos por la parte del jardín.

Fué entonces cuando las alumnas redactaron el siguiente pacto:

«Las educandas de las tres clases reunidas de la Real Abbaye-aux-Bois, a Mme. de Rochechouart, maestra general:

«Le pedimos perdón, señora, por el paso que acabamos de dar, pero las crueldades e incapacidad de Mme. Saint-Jérôme nos han obligado a ello. Exigimos una amnistía general del pasado, que Mme. Saint-Jérôme no ponga más los pies en la clase, y ocho días de recreo para descansar de la fatiga de cuerpo y espíritu que todo esto nos haya causado. Tan pronto como se nos haga justicia, iremos a someternos a cuanto tenga a bien disponer de nosotras.

«Tenemos el honor, señora, de quedar de usted con el más profundo respeto y la más afectuosa adhesión, etc...

«P. S. Enviamos a dos de las nuestras para que lleven este requerimiento; si no volvieron, lo consideraríamos como señal de que no se quiere tratar con nosotras. Como consecuencia, iríamos entonces a buscar por la fuerza a Mme. Saint-

Jérôme y la azotaríamos en las cuatro esquinas del convento.»

¡Y se habla de la insubordinación y falta de respeto de las niñas del siglo xx!

Fué escogida Héléne como emisaria de paz. La actitud digna y entristecida de la maestra general estuvo a punto de hacerle perder la serenidad. Se notificó todo a la Abadesa, que se limitó a expresar su descontento. La situación permanecía invariable, y lo peor fué que se prolongó durante toda la tarde, la noche y el día siguiente. Las educandas continuaban ocupando las cocinas, habían forzado las puertas de la panadería y de la carnicería y hacían mil locuras, «mientras la comunidad—añade Héléne—permanecía en la mayor confusión». ¿Sabéis cómo terminó todo esto? Por una amnistía general, sin el menor castigo. Las religiosas se mostraron «muy indulgentes»—muy débiles, diríamos mejor—respecto a las hijas pródigas, y la causa de todo aquel sobresalto, la infortunada Mme. Saint-Jérôme..., fué despedida.

Reconozcamos que Mme. de Rochechouart, tan querida por las niñas, tenía una singular manera de mantener la autoridad y, según hemos de ver, una forma no menos extraña de educar los sentimientos y la imaginación de sus alumnas. Nos cuenta Héléne que, al visitar un día a la maestra general, la encontró rodeada de papeles y ocupada en escribir: «Escribía con una agitación extremada, se frotaba la frente, suspiraba... Vi tan cla-

ramente las lágrimas en sus ojos, que me hice la reflexión de que no era nada feliz... Como sus lágrimas no dejaban de correr, me afecté tan profundamente, que mis ojos también se humedecieron, y no pude impedir que un profundo suspiro brotara de mi pecho.» Es de comprender que al oírlo, volviera a la realidad Mme. de Rochechouart. Ante esta niña que se deshace en llanto, ¿tratará de serenarse en verdadera educadora, dominará su emoción e intentará calmar a esta chiquilla demasiado impresionable? De ningún modo: la hará su confidente. «Me estrechó entre sus brazos—prosigue Hélène—, y después me dijo: «He nacido con una imaginación muy viva y, para ocuparla en algo, vuelco sobre el papel cuanto me dicta; de ahí proviene la agitación con que me ves escribir durante muchas horas. Como entre todas mis ideas las hay sombrías y tristes, me afectan algunas veces lo suficiente para hacerme verter lágrimas; la soledad y la vida contemplativa fomentan esta inclinación mía a dejarme llevar de la imaginación.» Hélène se sintió halagada por la confianza demostrada; se renovaron con bastante frecuencia las expansiones del mismo género, pero ¡qué preparación para una niña en todo lo referente a las luchas de la vida y a las pruebas, que no siempre son puramente imaginativas!

No obstante, y para ser justas, es preciso decir que las religiosas de la Abbaye-aux-Bois pensaban también en el porvenir de sus alumnas. Había en el reglamento diario de las internas acertadas ini-

ciativas que no desdeñarían hoy ciertas escuelas domésticas modernas. La costumbre, por ejemplo, de destinar a las alumnas al servicio de las «obediencias», iniciándolas de este modo en las ocupaciones propias de la casa: el servicio de la sacristía, el botiquín, el ropero, e incluso la cocina, eran testigos de los ensayos, unas veces desmañados y otras favorables, de aquellas futuras grandes damas, ansiosas de convertirse en perfectas amas de casa. Llevar los libros de la cuenta, reparar una casulla, preparar tisanas y cataplasmas, no eran obstáculo para aprender a bailar a las mil maravillas, tocar el arpa perfectamente o desempeñar un papel en alguna representación dramática. Pero ¡cuán superficial y ficticio resulta todo esto! El método era escaso o nulo; no había vigilancia, se carecía de disciplina y faltaba en absoluto el respeto debido a la autoridad. Este es el balance de una casa tan renombrada.

¡Si por lo menos la educación religiosa y una sólida piedad suplieran la insuficiencia de los principios recibidos! Pero también, ¡qué incomprensión tan grande de los valores verdaderos! Estas educadoras que traían hasta el claustro y conservaban en él las costumbres del mundo y prejuicios poco cristianos, contribuían, por la mezquindad de sus ideas y la pobreza de sus prácticas religiosas, a alejar de Dios, en lugar de acercar a Él. No podemos hacer extensivos estos reproches a todos los internados, pero, en conjunto, los

conventos del siglo XVIII eran demasiado mundanos, o poco conocidos, o mal adaptados a las necesidades de la época.

Hacia 1880, intentó Mme. Campan, con éxito, la renovación de los métodos pedagógicos sin abandonar las más puras tradiciones de Saint-Cyr. «En ella se fijó Napoleón, cuando pensó crear para las hijas de sus soldados casas de educación de la Legión de Honor, que habían de perpetuar para las familias militares la institución de Mme. de Maintenon.» Merece ser recordado el origen de esta casa de Écouen. Napoleón dijo un día a Madame Campan:

—Los antiguos métodos de educación no valen nada; ¿qué les falta a los jóvenes en Francia para estar bien educados?

—Las madres—respondió Mme. Campan.

—Exactamente—continuó Napoleón—. Pues bien, señora, que los franceses tengan que agradecerle a usted haber educado madres para sus hijos.

La respuesta que dió Mme. Campan al Emperador contiene la idea principal de su sistema de educación, y todo el mundo sabe que de sus manos salieron encantadoras mujeres y madres de familia admirables. Por desgracia, la Restauración suprimió la casa de Écouen, y aparte de ser muy limitado el medio de donde provenían sus alumnas, la influencia que ella ejercía no podía contrarrestar las insuficiencias señaladas en otra parte.

Añadamos que se comenzaba a preferir la nueva

moda de educar a las niñas sin salir de casa, a la educación «a la antigua» que se daba en los conventos. Las familias de la buena sociedad se conformaban con un barniz mundano: era de buen tono tener a domicilio un profesor de baile, de música, de esgrima y de poesía; incluso a veces de latín y de aritmética; pero la instrucción religiosa era nula y quedaban reducidas a sus más mínimas expresiones las prácticas devotas: «una misa rezada los domingos»—leemos en las memorias de la época—, ir a confesar una vez al año..., y a esto llamaban «hacer una visita al Señor». Comodidad suma que formaba parte de la mundología de aquel entonces. «Y si se aprendían las palabras del catecismo, nadie se hubiera atrevido a profundizar su sentido ni a interrogar al sacerdote que lo enseñaba.» ¡Pobrisimo equipaje para hacer frente a la travesía de la vida!

En resumen, se pensaba mucho más en divertir y mimar a los hijos que en instruirlos y educarlos. La Condesa de Armaillé, Célestine de Ségur, nos describe con gracia seductora aquella época en que se sabía vivir dichoso: «Esta felicidad consistía en pequeños bailes, espectáculos, mascaradas y paseos por los Campos Elíseos o las Tullerías, donde se imponía siempre llevar determinados atavíos... ¡Qué cantidad de frivolidades llenaban aquellas lindas cabecitas! Trajes de muselina blanca, cubiertos de lazos de cintas de color rosa o azul. Abrigos de merino, adornados con pequeñas pelerinas. Nos rizaban, nos hacían poner guantes

blancos, zapatos de raso blanco de alto coturno.» Es cierto que a las niñas de todos los tiempos les han gustado los trapos y los juguetes, pero considero que los educadores de hoy ponen su ideal en algo más elevado que ver cómo sus alumnas ejecutan sin faltas los pasos de baile más en boga.

No obstante, en determinados medios no estaba completamente abandonada la formación religiosa de las niñas, y, citando una vez más a Célestine de Ségur, ella misma nos dirá que su madre no escatimó nada para prepararla a su Primera Comunión y hacerla penetrarse bien de la importancia de este acto. La indiferencia comprobada en otras partes, deja paso aquí a una especie de rigor jansenista: quedan suprimidas todas las diversiones, incluso las más inocentes; se le prohíben hasta los cuentos de hadas. Como regalos, no recibe la niña más que libros de piedad, devocionarios de terciopelo con cierres dorados. Durante sus ratos de ocio tiene que coser para los desgraciados, «cosa que la aburre cruelmente». En el retiro que precede a su Primera Comunión, el predicador atemoriza sin motivo a su joven auditorio. Había en aquella época un especial empeño en conmover a los niños. «Llorábamos mucho. Yo no sé si este método era bueno o malo, pero he conservado un vivo y dulcísimo recuerdo de aquellas ceremonias.»

¡Convengamos en que la niña estaba dotada de un magnífico temperamento! ¡Cuántas otras se

habrían alejado para siempre de la religión! Suprimir de la vida de una niña, bajo pretexto de devoción, todo lo que hace su alegría y su encanto, es una extraña manera de hacerla amar a Dios. ¿Es acaso necesario que la idea de piedad vaya unida a la de aburrimiento?

Aún quedaba algo por hacer. ¿Qué resultaría de esta educación pasiva, desprovista de su verdadera savia, incapaz de levantar a las jóvenes hasta la altura de sus deberes? La sociedad frívola y ligera, ávida de placer, ¿iría por segunda vez, como en 1879, a precipitarse alegremente en el abismo? ¿De dónde llegaría el remedio? ¿Quién sacudiría el letargo en que las almas se entumecen?

Ya en plena revolución, la admirable Madre Barat había puesto los cimientos de una obra destinada a regenerar la sociedad por la educación cristiana de la mujer. La Sociedad de Damas del Sagrado Corazón, llamada a extenderse un día por el mundo entero, se desarrollaba aún en la sombra. La mies era abundante; los obreros, poco numerosos, y la humilde sierva de Dios tuvo que alegrarse al ver que pronto nacía una nueva Congregación, enamorada también de los derechos divinos y ansiosa de trabajar por Cristo, conquistando para Él las almas de las jóvenes. ¡Maravillosa fecundidad de la Iglesia!

En las proximidades del año 1830, el movimiento de Lamennais intentó conmover las conciencias y recordar al mundo que, en medio de las ruinas

amontonadas, Cristo permanece vivo, que sobre Él reposa toda moral sana, toda la verdadera civilización. Que la Iglesia es, en fin, la gran realidad que hace frente a todas las borrascas y sobrevive a todas las tormentas.

Después de la caída de Lamennais no dejaron por ello de proseguir su camino las ideas sembradas por el ilustre Maestro y germinaron en obras fecundas.

No hemos de recordar aquí la historia de su escuela, pero la Asunción se relaciona con ella muy de cerca para que nos olvidemos de señalar, un poco de paso, los lazos que nos unen y el ideal común que nos alienta. Tendremos que volver sobre ello: digamos solamente desde ahora que lo que orientó e informó la vida de un Lacordaire, de un Montalembert, de un Combalot, fué el deseo de extender el reinado de Cristo en las almas: *Instaurare omnia in Christo*. De este mismo pensamiento nació la Asunción.

CAPÍTULO II

UNA CREACIÓN NECESARIA: ORÍGENES DE LA ASUNCIÓN

En una página escrita en 1854, con ocasión de presentar en Roma nuestros Estatutos, la Madre María Eugenia de Jesús resumía de este modo nuestro origen:

«Nuestra Congregación tuvo unos comienzos tan débiles, impotentes y poco proporcionados al bien que el Señor se ha dignado obtener de ella, que, en cierto modo, no nos atreveríamos a contarlos si no fuera precisamente porque en la ausencia de toda fuerza y de toda ciencia humana es donde se señalan las obras más puramente de Dios, y si de todo ello no debiera resultar para nosotras el pensamiento consolador de que es Nuestro Señor mismo quien ha hecho nacer a nuestro Instituto, poniendo en él, por consiguiente, un espíritu de dependencia más especial hacia su sagrada persona. El espíritu de fe, el amor a Jesucristo, el deseo de su reinado y la confianza en su Providencia, han sido los únicos fundamentos de la Asunción. ¡Quiera Dios que no dejen nunca de formar parte de su espíritu!» Y añadía después:

«Viendo lo que Nuestro Señor ha hecho por nosotras, una sola idea me conmueve: está concentrada en nuestra obra, *todo es de Jesucristo, todo es para Jesucristo, todo debe ser por Jesucristo.*»

La que escribía estas líneas se llamaba Ana Eugenia Milleret de Brou, había nacido el 25 de agosto de 1817 en la ciudad de Metz, donde su padre desempeñaba el brillante cargo de receptor general. «Frio, severo, sin convicciones religiosas y avanzado en sus opiniones políticas, pertenecía a aquella escuela volteriana, muy activa aún bajo la Restauración, especialmente en el campo de la oposición liberal.» Mme. Milleret era poco cristiana, a causa de su desdichada educación primera; pero tierna y recta, supo inspirar a sus hijos el espíritu del deber, la energía y la lealtad.

La vida en el campo, en plena naturaleza, en la magnífica propiedad de Preisch (Lorena), desarrolló en Eugenia el gusto de lo bello, la atracción por lo puro. Ama a las plantas, a los animales y a todo lo que Dios creó para nosotros. Más adelante echará de menos, para las alumnas que nos confían, esa libertad de los campos, de la que tanto disfrutó ella durante su infancia. «El campo — dirá — forma temperamentos más vigorosos, menos impresionables, mejor preparados para cumplir los deberes serios.» Muy joven aún, la inició su madre en el cuidado de los pobres y de los enfermos, y la mayor recompensa de Eugenia y de su hermano Luis era visitar a los desgraciados y llevarles socorros. Llamemos la atención

sobre estas aficiones de la niña, que encontraremos después en la Fundadora.

Su educación religiosa estuvo bastante descuidada: sólo tenía como libro de piedad una obra sentimental titulada *Dios es el amor más puro*. Sin embargo, el día de su Primera Comunión señaló una fecha decisiva en su vida: Dios, que la quería para Él, se convirtió en su Maestro, y la niña, «sobrecogida por la infinita grandeza de Dios y su extremada pequeñez», tomó nota de lo que experimentó entonces: «Me sentía transportada—yo, tan pequeña—ante el trono de Dios para rendirle, por medio de Aquel a quien acababa de recibir, un homenaje que era incapaz de rendirle por mí misma.» Pensamiento extraordinariamente fuerte para una niña de doce años y que hace presentir los designios de Dios sobre ella.

Después de dos años transcurridos en un pensionado de Metz, donde recibió una buena formación literaria, se abatió bruscamente la prueba sobre Eugenia: su padre, víctima de la revolución de 1830, perdió toda su fortuna; en 1832, su madre es arrebatada por el cólera en pocas horas. Este último golpe destrozó el corazón de Eugenia. El rasgo característico de Mme. Milleret era la energía: «creía que las demostraciones afectuosas debilitaban el carácter, exaltando la imaginación... Desdeñaba todas aquellas formas cariñosas que son la vulgar expresión de los sentimientos.» A pesar de su exterior reservado y más bien frío, había inspirado a su hija un profundo afecto. «Cuando

se rompió este lazo—escribe Eugenia—, no se volvió a formar otro parecido para mí.»

La vemos, pues, a los quince años, casi sola en la vida, porque su padre, absorto en el tráfigo de los negocios, no tiene tiempo en absoluto para ocuparse de ella. Y durante cuatro años asistimos al tormento de un alma que se busca o, mejor dicho, que busca a su Dios. Fué, en primer lugar, su estancia en Châlons-sur-Marne, en casa de Mme. Doulcet, una amiga de su madre. En este ambiente mundano, la muchacha se ve muy atendida, muy festejada. Encuentra cierto encanto en los placeres que se le ofrecen, y su precoz buen sentido es su mejor salvaguardia. Pero el tono de burla impía que impera entonces en las conversaciones hace vacilar su fe. No quiere decir esto que la haya perdido totalmente: ella cree siempre en la presencia real de Jesucristo en su Eucaristía; nunca dejó de rezar, incluso y sobre todo en sus horas más tenebrosas; pero ¡con cuánta persistencia se propusieron a su espíritu los problemas de la existencia de Dios, de la vida, de la inmortalidad, del más allá! Recordemos, una vez más, que nada había en su educación capaz de armar su alma para sostener este género de lucha. Dios, ciertamente, tuvo para ella una gracia de elección a partir de su Primera Comunión y se le había unido «con un lazo de amor» que persistió a través de todas las tormentas. Pero su instrucción religiosa era casi nula.

Adoremos aquí los secretos designios de Dios:

tal vez nació de esta crisis la futura Fundadora. Cuando desee «recristianizar» a la mujer y, por ella, a la sociedad, Eugenia no tendrá más que recurrir a su propia experiencia. Su ambición será dar a la juventud femenina todo aquello que tanto le faltó a ella misma: una fe, unos principios, un Dios vivo, personal y amado.

Escuchemos las dolorosas confidencias de esta jovecinta de dieciocho años: «Mis ideas son como un mar agitado, que me fatiga, que me pesa... A veces, abstraída en cuestiones muy por encima de mis alcances... Ya perseguida por no sé qué inquieta necesidad de conocimiento y de verdad que nadie llega a colmar... Luego, todos los sueños del corazón, las ansias de afectos que nadie satisface... Y entonces..., hastío de la vida, tristezas... Estoy sola, sola en el mundo, en una amarga soledad del alma.» Desee actuar, hacer algo que esté bien, «cumplir su deber de actividad».

Bruscamente, al torbellino mundano de Châlons sucede la vida austera y sin brillo en casa de Mme. Foulon, una prima a quien M. Milleret confía Eugenia a fines de 1835. Pasa entonces el verano en el campo y el invierno en París. El ambiente convenía más al actual estado de fortuna de Eugenia. Pero la devoción «ceremoniosa, austera y cargante» de la familia Foulon hace tanto daño a la muchacha como la incredulidad de los Doucet. Sin embargo, allí la espera la gracia de Dios.

En 1836 Eugenia, atraída por la fama del abate

Lacordaire, decide seguir el tiempo de Cuaresma en Nuestra Señora. Allí encontró lo que buscaba: luz y paz. El eminente predicador exponía la doctrina de la Iglesia, atacaba al racionalismo y enseñando las recíprocas relaciones de la razón y de la fe indicaba la oración como el gran medio de adquirir esta virtud. «Su palabra—le escribía Eugenia algunos años después—respondía a todos mis pensamientos, explicaba mis mejores instintos; perfeccionaba mi comprensión de las cosas y reanimaba en mí esta *idea del deber*, este deseo del bien, prontos a marchitarse en mi alma; me proporcionaba, en fin, una generosidad nueva, una fe que nada podría ya hacer vacilar.»

«Mi vocación data de Nuestra Señora», repetirá con frecuencia. Su camino está trazado en lo sucesivo en sus rasgos principales. Esta alma que ha reconquistado la verdad, no conoce las medianías. Dios tiene sobre ella todos los derechos, y ella se entrega a Él de un modo absoluto. Servir a Dios, servir a la Iglesia, servir a las almas al darles la verdad, ha llegado a constituir toda su ambición.

¿Qué forma tomará su servicio? Lo ignora; pero, confiada, se abandona y espera la señal de Dios. Consultado el Padre Lacordaire, sondea el valor y la profundidad de esta alma, pero no quiere precipitar nada. «Rece y espere», es el consejo de la prudencia. Le indica lecturas fuertes, destinadas a nutrir una fe tan joven todavía y a llenar las lagunas anteriores. Es sobre la fe donde va Eugenia a reconstruir su vida interior; sobre la fe

edificará su Congregación cuando llegue el momento y también, según veremos, será la fe la virtud que situará en la base de su pedagogía.

Ahora bien: la fe conduce al amor. «Cuando, después de la fe, encontré el amor..., he deseado que todo lo demás callara, y sólo traté de sumergir mi alma en los raudales de sangre que veía fluir sobre el altar.» Pero el amor no permanece inactivo: «Cuando repaso—dice—toda mi vida y admiro los milagros que me han salvado de la incredulidad, *creo algunas veces que Dios tiene designios sobre mí*, y si yo no puedo conciliar esto con mi miseria, me digo que le gusta servirse de cuanto hay de más vil, de más pobre, de más igual a la nada, para que su fortaleza y su grandeza brillen con más esplendor en estos pobres vasos de barro.» Escribe estas líneas en marzo de 1837. Iba ya a sonar la hora de Dios, y fué por medio de un extraño sueño como se manifestó, en parte, su santísima voluntad.

Una noche vió Eugenia en sueños una magnífica iglesia que no conocía. Una multitud se agolpaba alrededor del púlpito, donde predicaba un sacerdote de aspecto venerable, que miró durante bastante tiempo a la muchacha, mientras una voz interior le decía: «He aquí el guía que tú buscas, el que te enseñará el camino por donde debes marchar.»

En modo alguno impresionada, olvidó Eugenia su sueño. Al día siguiente fué invitada por unos parientes a oír a un predicador de fama; aceptó

la joven, y se supone su asombro al reconocer la iglesia de su sueño, el altar, el púlpito y el mismo predicador. El Abate Combalot, pues era él, había de ser efectivamente el instrumento escogido por Dios para notificar a Eugenia la voluntad divina.

Es demasiado conocido el gran orador para que sea necesario que nos detengamos mucho ante esta personalidad, tan atractiva como original. Recordemos tan sólo que, discípulo de Lamennais, no siguió en su defección a su desdichado maestro, y como Lacordaire, como Montalembert, tuvo el valor de romper profundos lazos para consagrarse por entero al servicio de Jesucristo, de María y de la Iglesia. Durante una peregrinación a Sainte-Anne d'Auray tuvo la impresión clarísima de que Dios le pedía la creación de una Orden especialmente consagrada al culto de la Santísima Virgen en el misterio glorioso de la Asunción y que había de dedicarse a la educación cristiana de las niñas de la buena sociedad. Todavía no había encontrado a la que pudiera realizar plenamente su idea.

Entre Eugenia y el Abate Combalot tuvo lugar una primera entrevista. A quemarropa le preguntó: «¿Tiene usted una gran devoción a la Santísima Virgen?» «No tanta como yo quisiera», responde la joven. «¡Oh!, entonces no hay nada que hacer con usted.» Estos principios son poco alentadores. Sin embargo, movida por una fuerza irresistible, Eugenia vuelve otra vez a su encuentro... ¡Cómo no iba a quedar conquistada por la palabra ardiente y llena de fe del santo sacerdote! Pero la

impetuosidad del nuevo director tropieza con la ponderación y el extraordinario buen sentido de la jovencita, que habla esta vez de abandonarle definitivamente. M. Combalot insiste en atraerla a la obra que proyecta, porque reconoce en ella los caracteres de una Fundadora y ve «como el sello de Dios puesto sobre esta alma». «Dios la envía a usted, Dios quiere que se quede», le repite. Le revela entonces el plan de su obra: *reconstruir todo sobre Cristo, darle a conocer, extender su reinado sobre las almas*. Es así como Eugenia entiende la vida religiosa, pero su humildad se asusta ante semejante misión: «¿Cómo ella, «que lo tiene que aprender todo», será capaz de fundar algo en la Iglesia de Dios? No obstante, esta obra es muy necesaria y responde a las necesidades de la época. El Abate Combalot pronunció entonces aquella frase sublime que debía triunfar sobre todas las resistencias: «Jesucristo será el fundador de nuestra Asunción: *Domini est Assumptio nostra*; nosotros no seremos más que sus instrumentos y, entre las manos de Dios, los más débiles son los más fuertes.» Dos años después estaba fundada la Asunción.

No podemos seguir a Eugenia en el detalle de las luchas, de las vacilaciones dolorosas de esos dos años transcurridos entre marzo de 1837 y abril de 1839. Y sin embargo, una rápida ojeada sobre su vida en esta época explica mejor que nada el carácter de la Fundadora y de su obra.

Eugenia se prepara animosamente para la vida

religiosa. Pero todavía no había recibido el sacramento de la Confirmación. El domingo de Cuasimodo del año 1837 recibió el Sagrado Crisma que hace a los fuertes: «Fué para mí—anota Eugenia—la puerta de una vida nueva.»

Después de un retiro en las Dominicas, escribe:

«Dios ha hecho tanto por mí, que yo quiero hacer algo por Él; no porque me necesite, sino porque no debemos oponernos a los designios de Dios.» El culto de los derechos de Dios ha tomado ya posesión de esta alma, y en ella realizará maravillas. Eugenia continúa: «Así, cuando hace un año latía mi corazón al oír los nombres de mis contemporáneos, defensores ilustres de la fe, Lamennais antes de su caída, Lacordaire, Montalembert y todos los demás..., que yo me decía salvarían la patria, haciéndola volver a la fuente de la verdad, no pensaba en modo alguno que me sería dado asociarme a su elevado destino a mí, tan llena de miseria y de flaquezas. Y sin embargo, así ha sucedido, porque, si es completo, Dios bendecirá mi humilde sacrificio, lo mismo que sus grandiosas ideas. Tal vez llegue yo a realizar grandes obras, quizá tendré a santas por hijas y es posible que, a su vez, tengan ellas grandes influencias de salvación.» El retiro se terminó con un acto de completa entrega a Jesucristo y la promesa de consagrar su vida a la obra de la Asunción.

En el mes de julio de 1837 Eugenia Milleret hizo un viaje a Lorena, a casa de unos amigos de la

infancia. Su estancia allí despertó en su corazón dolorosos recuerdos: Preisch, la propiedad tan querida, había pasado a manos extrañas: profunda enseñanza sobre la inestabilidad y fragilidad de los bienes de este mundo. Atendida y festejada, Eugenia encontró tiempo para aislarse, para rezar, para nutrir su alma con lecturas sólidas: las Sagradas Escrituras, San Pablo, «el revelador del misterio de Cristo», del cual hará ella una de las devociones fundamentales de la Asunción. Este verano transcurrido en Lorena terminó de reponer la salud de Eugenia, quebrantada por tantas emociones. Se precisan sus proyectos, su resolución de pertenecer a Dios se fortalece: hablando de las amigas que la reciben con tanto afecto, anota: «Son mujeres de corazón... Todas han estado, como yo, afligidas por un círculo de hombres incrédulos y por la influencia de esos pensionados de París, donde la fe apenas se conoce.» Una vez más, traicionan estas notas una preocupación constante, al mismo tiempo que destacan la oportunidad de la obra proyectada.

En septiembre de 1837 ha llegado el momento de comunicar su decisión a M. Milleret. La sorpresa y el dolor del padre fueron muy profundos. Conmovidísima, se pregunta Eugenia dónde está su deber: crisis dolorosa sobre todas las demás, pero Dios, una vez más, saldrá vencedor.

Siguiendo los consejos de su Director, entra como dama pensionista en el convento de las Benedictinas del Santísimo Sacramento, calle de Sainte-

Geneviève, para prepararse a la vida religiosa en el silencio, el recogimiento y la oración. El aspecto de esta casa de clausura, de apariencia sombría y fría, situada en uno de los barrios más tristes, oprimió el corazón de Eugenia. También la hacía sufrir cruelmente la separación de los suyos. «Lloro al volveros a ver, parientes, amigos compañeras de mi infancia... Pero la vida no se ha hecho para el placer, y es preciso que yo cumpla mis deberes... Tengamos valor, sepamos morir, todo se encierra en esto: cosas muy grandes serán el premio del sacrificio. Se lo debo a Dios, cuyos derechos no quiero destruir.» ¡Qué energía, qué sentido innato del deber y del valor del sacrificio nos revelan estas líneas!... Más tarde, cuando la Reverenda Madre enseñe a sus hijas cómo se «forja» un carácter, podrá apoyarse sobre su propia experiencia y sobre su culto a los derechos de Dios.

Si Eugenia sufre por su aislamiento, por el cambio de vida, desconoce el aburrimiento: la oración, las lecturas, los largos oficios, a los cuales asiste desde una tribuna, la reflexión y la correspondencia, llenan su jornada. Sus cartas al Abate Combalot nos permiten seguirla en el trabajo de la gracia, al que se entrega por entero. No pierde de vista el objetivo que se ha propuesto: su estancia en la calle de Sainte-Geneviève es sólo transitoria; ella lo sabe, y ya es la Asunción el centro de sus preocupaciones. Somete a su Director la reflexión siguiente, respecto a la divisa que quisiera dar a la nueva Congregación: «Se me ocurrió hoy,

al meditar el misterio de la Asunción..., que nunca nos convendría tomar como divisa: «La mujer ha sido educada», ni creer que estamos llamadas a hacer una revelación en la educación y en las órdenes religiosas... Mas nos convendría decir y pensar que, demasiado poco valientes para abrazar las austeridades de la vida contemplativa, la clausura y la severidad de las órdenes establecidas, nos ha parecido que aún se puede espigar en el campo de la Iglesia... Que, siendo la educación religiosa una necesidad de la época actual, debíamos consagrarnos a ella, tratando de introducir en nuestro plan todos los métodos inteligentes modernos, todos los principios católicos, todo el movimiento llevado a cabo en este sentido.»

«...Entre otras razones, temería que no hubiera bastante caridad, suficiente respeto para las órdenes establecidas o faltara el sentimiento de nuestra propia incapacidad y miseria. ¿No es cierto, por consiguiente, que felices por el bien que hacen estas órdenes las aplaudiríamos siempre y desearíamos que sus beneficios *se extendieran a las clases sociales a quienes prejuicios más o menos fundados impiden participar de ellos?* Jesucristo, María, la Iglesia: he aquí nuestra divisa. ¿Para qué buscar otra?» Todavía no existe la Asunción más que en la mente de Dios, pero la futura Fundadora fija ya con toda claridad la actitud humilde y fraternal que conviene a una Congregación joven, con respecto a las más antiguas. Admiraremos el juicio y la prudencia de esta jovencita que apenas cuenta veinte años.

En el convento del Santísimo Sacramento y en calidad de dama pensionista, llevaba Eugenia una vida austera y claustrada, privándose hasta de las más inocentes distracciones. A pesar de la energía de su alma, sus fuerzas físicas la traicionaron. Su familia se inquietaba al observar cómo se debilitaba su salud, y las cartas que recibía continuamente hacían que la situación fuera cada día más penosa. A toda costa era preciso alejar a Eugenia de los suyos y hacer la prueba, que ella deseaba vivamente, de un noviciado en toda regla en alguna casa religiosa.

M. Combalot eligió la Visitación de la Côte Saint-André, cerca de Grenoble, y, después de una cura de aguas en Aix, el 15 de agosto de 1838 fué recibida Eugenia con los brazos abiertos en la hospitalaria comunidad donde había de pasar ocho meses. Fué allí donde se inició nuestra Madre en las prácticas de la vida religiosa, entregándose a profundos estudios que fortificaban su espíritu y aumentaban su piedad. Su reglamento de vida, minuciosamente dispuesto por el Abate Combalot, la obligaba a estudiar diariamente una hora de teología dogmática en Santo Tomás, una hora de teología moral en San Alfonso, había una hora consagrada al Antiguo o al Nuevo Testamento, una hora a los autores ascéticos, dos horas a la corrección y conclusión de un trabajo sobre la Santísima Virgen, esbozado por el celoso director. La obra interior se prosigue no menos animosamente: en los prolongados momentos pasados al

pie del Tabernáculo, se afirma la vocación de Eugenia. Dócil a las órdenes del Maestro, sometida a la prudente y firme dirección de dos religiosas salesas, las Madres Teresa Marmonnier y María Carolina, que con tanto desinterés como caridad habían aceptado formar a la nueva novicia para las virtudes y costumbres de la vida monástica, no desperdicia la joven ninguna ocasión de instruirse y prepararse para la existencia que le espera. Aprovecha los últimos días pasados en la Côte Saint-André para tomar notas sobre infinidad de detalles prácticos: manera de recitar el oficio, ceremonias de coro, rúbricas y usos en los cuales se inspiraron ampliamente nuestro primer Ordinario y nuestro Directorio. Verdaderamente, fué la Visitación la cuna de su vida religiosa. La Madre María Eugenia no lo olvidará jamás, y los lazos que unen a la Visitación con sus hijas agradecidas son de aquellos que sobreviven a la prueba del tiempo.

CAPÍTULO III

PRIMERAS COMPAÑERAS DE LA FUNDADORA

El 13 de abril de 1839 Eugenia Milleret llegaba a París. El 30 de abril, a la misma hora en que todas las campanas de la ciudad anunciaban el principio del mes de María, tres muchachas se reunían en un pequeño departamento de la calle Férou: eran Mlle. Milleret, Mlle. Josefina Néron, su amiga de la infancia—que por lo demás sólo hizo una breve aparición en la Asunción—, y Mlle. Anastasia Bévier, destinada a ser la primera maestra de estudios, bajo el nombre de Sor María Agustina. Esta interesante figura merece retener unos instantes nuestra atención. La historia de esta vocación dará nueva luz sobre el espíritu y el fin de la Congregación que nace y nos demostrará que, cuando Dios quiere una obra, vence todos los obstáculos, y los caminos por donde Él conduce a las almas son siempre adorables, variando hasta el infinito. Veremos cómo una enseñanza universitaria, excluida toda idea de fe, encendió en el corazón de Anastasia un deseo inmenso de consagrarse a Dios y a la Santísima Virgen para *dar a las almas el beneficio de una*

educación completamente cristiana. Era la máxima de la Asunción. Permitaseme tomar textualmente del libro de nuestros orígenes las páginas que figurarán a continuación. Respiran un perfume tan sobrenatural y sencillo, que sería desflorarlas si intentara hacer un resumen de ellas. Además, para conocer plenamente a la Madre María Eugenia no hay que desdeñar a ninguna de sus compañeras de la primera hora, ni perder de vista ninguna de las circunstancias que contribuyeron a la formación de su pedagogía.

Anastasia Bévier había nacido en Normandía en 1816. Huérfana desde la cuna, había sido educada por su tía Mme. de Lechtfel, que la puso desde muy niña en un pensionado laico poco cristiano.

Era una alumna sobresaliente, de carácter vivo y entusiasta, que amaba los libros con pasión. Vino a París para trabajar aún más intensamente, siguió los cursos y sufrió sus exámenes con éxito. En el examen superior asombró a sus examinadores por la exactitud de sus respuestas y muy en especial por su notable redacción literaria. Anastasia se reservaba para la enseñanza, veía en ella una misión. Ella misma nos lo va a decir:

«Jamás había conocido un convento: me había educado en un pensionado seglar, donde la enseñanza, sin ser abiertamente hostil a la religión católica, inclinaba más bien a alejarnos de ella. Si se trataba de los Papas, no se hablaba de ellos más que para hacer destacar sus defectos; el des-

piadado Gregorio VII, el astuto Bonifacio VIII, etcétera, de tal modo que yo me decía: Es extraño que la Iglesia de Dios no haya producido más que hombres de esta clase. Sentí, desde entonces, la necesidad de reparar por medio de una enseñanza católica el mal que se podía hacer en estas escuelas. A partir de mis quince o dieciséis años, todas mis preocupaciones se dirigían hacia las enseñanzas de la fe, extraordinariamente calumniada por los mezquinos libros de estudios que habían puesto en mis manos. La religión atraía con frecuencia mis miradas; admiraba la belleza de sus misterios; comprendía que tan sólo ella podía dar todo lo que yo amaba: la verdad sobre nuestra naturaleza, sobre nuestro origen y sobre nuestro destino, la nobleza del carácter, la grandeza del alma, la generosidad de los sentimientos. Me preguntaba cómo una religión semejante podía tener tantos enemigos; me parecía que todo lo que se podría desear era que fuese verdadera. Si no lo es, me decía, no queda otra cosa que tirarse al agua...: tan imposible me parecía la vida sin la fe. Mi confesor tenía poco en cuenta mis inquietudes, pero Dios, «que nos ha creado, dice Santo Tomás, para el gozo de su bondad», tuvo una mirada de piedad para su pobre criatura.

»Un día, en la calle, vino a mi mente este razonamiento que todavía no había oído ni leído jamás: Jesucristo ha realizado obras que exceden a todo poder humano, milagros que sólo la potencia divina ha podido llevar a cabo, y los ha dado

como una prueba de su divinidad; por consiguien-
te, es Dios, porque Dios no puede aplicar su poder
al servicio de la impostura. Este momento fué
quizá el más feliz de mi vida. Me había prometido
que si llegaba alguna vez, *consagraria mi existencia
a hacer a muchas niñas tanto bien como daño* me
habían hecho a mí aquellos libros clásicos malos
que pusieron mi fe en peligro. Este pensamiento
me llevaba hacia la vida religiosa.»

Deseosa de entrar en una orden de enseñanza,
Mlle. Bévier se puso en contacto con la Superiora de
Santa Clotilde, que la recibió con los brazos abier-
tos. Sólo una cosa detenía a la muchacha: aquella
orden no estaba consagrada a la Santísima Virgen.

«Algún tiempo después de esto—prosigue Anas-
tasia—, fui a oír Misa a la capilla de los Carme-
litas... Me acerqué al primer confesionario que vi,
sin saber quién era el confesor que allí me iba a
encontrar. He aquí cuál fué su primera pregunta:

«—Hija mia, ¿qué hace usted?

»—Nada, Padre, voy a hacerme religiosa.

»—Muy bien, tengo lo que usted necesita, venga
a verme a mi casa.

»Pero, pensaba yo para mis adentros, ¿qué sig-
nifica esto? Este sacerdote no me conoce.

»—Padre, yo quiero una orden consagrada a la
Santísima Virgen.

»—Bien, bien, venga a buscarme, ya le digo
que tengo lo que necesita.

»Y me dió su dirección, calle de Vaugirard.
Había encontrado a M. Combalot.»

La joven olvida el incidente, olvida la dirección; pero algunos días después se encuentra de nuevo con el Abate Combalot, que insiste con más energía que la primera vez: no tuvo más remedio que ceder.

«Me dirigí a la calle Vaugirard, donde M. Combalot me recibió en su despacho, rodeado de sus libros y de sus papeles.

»—Padre—le dije—, decididamente quiero una orden de enseñanza.

»El Abate manifestó su alegría al oír mis palabras.

»—Tengo, hija mía, lo que a usted le hace falta; estudiará usted, se instruirá y difundirá la verdad en las almas...

»Y en seguida me explicó el plan de su obra, que me pareció admirable; me habló de la futura Superiora de su Congregación y de otra muchacha que había visto en el Périgord. Nada de esto me decidía.

»—Llevará el nombre de la Santísima Virgen y estará consagrada al misterio de la Asunción—me dijo—. Y después, hija mía, aprenderá el latín y leerá todo esto—añadió, enseñando en su biblioteca la *Suma* de Santo Tomás y los gruesos infolios de los Padres de la Iglesia.

»—¡Oh!, entonces yo soy de las suyas—exclamé.

»Fué así como me entregué a la Asunción.»

¡Qué espíritu de fe necesitó esta muchacha de veintidós años para consagrarse así a una obra que todavía no existía y de la cual, en realidad,

no conocía ni al fundador ni a la fundadora! Fal-
taban todos los auxilios humanos, pero Dios no
falta a quien confía en Él. Y como era Él mismo
quien quería la nueva obra, escogió amorosamente
las primeras piedras: para secundar a la joven
Fundadora, le dió una excepcional compañera en
Mlle. Anastasia Bévier, que había de organizar en-
tre nosotras los estudios cristianos, tal y como los
comprendía el Abate Combalot.

A este pequeño núcleo se uniría al poco tiempo
Mlle. Catalina O'Neil, un alma de oración y de
sacrificio que durante cincuenta años había de
formar como maestra de Novicias a toda una ge-
neración de religiosas. No le falta gracia ni origi-
nalidad a la primera entrevista de la joven con
el Abate Combalot..., y aquí también puede pare-
cer extraña la conducta del fogoso Misionero, im-
poniendo su voluntad en nombre de Dios. No olvi-
demos que era el instrumento de la Providencia,
creía en su misión, y esta fe daba un acento irre-
sistible a sus afirmaciones.

»—Hija mía —dice a esta joven irlandesa, des-
conocida para él el día anterior—, Dios lo quiere
y la quiere a usted en esta obra que yo voy a
fundar.

»—Pero, ¿qué obra es ésa?

»—Es para la educación.

»—No quiero ir a ella.

»—Es porque no entiende usted nada de esta
gran obra que es la educación cristiana; no com-
prende usted que por medio de la mujer es como

se regenera una sociedad. Se proponen a las muchachas prácticas de piedad, pero no se les hace conocer a Jesucristo, *no se les revela a Cristo*, no se les enseña a relacionar todo con Jesucristo. *Instaurare omnia in Christo*: ésta es nuestra divisa; *et Maria assumpta est*, Maria elevada por encima de todas las cosas de la tierra: he aquí nuestro modelo.»

Y es de este programa admirable de lo que vive la Asunción desde hace más de cien años.

La joven Catalina O'Neil quedó desconcertada ante unas palabras tan llenas de fuego y una convicción tan profunda. Aunque su razón protestara, su corazón se entregó a la obra nueva; después de algunas visitas a la calle de Férou, pudo por fin reunirse definitivamente, el 5 de agosto de 1839, a la pequeña comunidad, que se había trasladado a Meudon.

Detengámonos un momento ante este tríptico donde se destacan, luminosas, las figuras de nuestras tres Madres: Mlle. Milleret, que pronto será la Madre María Eugenia de Jesús; Mlle. Catalina O'Neil, tan querida bajo el nombre de Madre Teresa Emmanuel, y Mlle. Anastasia Bévier, convertida en Sor María Agustina. Las tres, y por caminos bien diferentes, fueron atraídas a la Asunción: un fuerte lazo las ligó para siempre, el amor de Cristo, de la Virgen, de la Iglesia; el deseo ardiente de recristianizar la sociedad por medio de la juventud femenina. Y para llevar a feliz término semejante empresa, hay solamente tres mu-

chachas, de las cuales la mayor apenas tiene veintidós años. Tienen por padre y guía a un sacerdote fervoroso, ciertamente lleno de celo, pero falto de ponderación, sin el espíritu organizador indispensable para las obras que empiezan. Y es aquí donde el carácter de la Madre María Eugenia adquiere un incomparable relieve: hija respetuosa, sumisa y obediente, mientras se trate tan sólo de su conducta personal, sabe defender al naciente Instituto contra los peligros de una dirección llena de sobresaltos y fluctuaciones. Con un sentido común poco frecuente, con una energía poco vulgar, haciéndose fuerte en la voluntad de Dios, comprende la Madre María Eugenia que las divergencias de apreciación perjudican a la unidad de acción necesaria para que una obra viva y produzca frutos duraderos.

El 14 de agosto de 1840 las primeras religiosas de la Asunción habían recibido el hábito de manos de Monseñor Affre. A pesar de este estímulo y de esta consagración oficial de la Iglesia, se notaba cierta desconfianza por parte del clero, respecto a la nueva comunidad o, para decirlo más exactamente, respecto a su fundador, cuyas ideas atrevidas y proyectos generosos, aunque también audaces y volubles, asombraban e inquietaban a la vez. ¡No había expresado la idea de sustraer a sus Hijas a la autoridad del Arzobispo y pedir a Roma directamente la aprobación del Instituto sin pasar por el Ordinario! No sólo el porvenir, la vida misma de la Congregación, estaba en peligro

y era preciso que se estableciera sobre bases regulares o dejara de existir.

Por añadidura, el Abate Combalot mostraba, desde hacia algún tiempo, una especie de cansancio: esta fundación le desviaba de sus trabajos apostólicos... ¿Tendría la impresión de que su mandato había terminado? Tal vez. Él había reunido a las primeras religiosas de la Asunción y les había transmitido el impulso que él mismo recibiera de Dios; mas para imprimir a esta obra ese carácter de fijeza indispensable, la Madre Maria Eugenia tenía aptitudes muy superiores a las suyas. Se separaron, pues, y el sacrificio, necesario, fué doloroso para ambas partes. La Reverenda Madre sufrió cruelmente por ello. Nunca podría olvidar que del Abate Combalot fué la idea de nuestra Congregación, que él puso la base de sus primeros fundamentos. Sin él, jamás hubiera existido la Asunción. Y ya es bastante para decir cuánta gratitud han dedicado a este santo sacerdote tanto la Madre como las Hijas.

Al abandonar la pequeña comunidad, el Abate Combalot la confió al Arzobispo de París, Monseñor Affre. «Yo renuncio en vuestras manos—escribía—a toda la autoridad que mi calidad de padre y fundador me daba sobre ella. He sido bastante afortunado al formar este núcleo: la idea que ha presidido su creación me parece útil y oportuna, pero mi cooperación directa le provocaría en adelante demasiados obstáculos para su desarrollo... Mis hijas, colocadas bajo vuestra auto-

ridad inmediata y al amparo de vuestra solicitud, no habrán de temer más tormentas, y yo, al reconocer lo que me falta de cualidades y virtudes para llevar a término el edificio, bendeciré a Dios por su incremento.»

Carta humilde y digna, que honra tanto a su autor como a las que fueron objeto de ella.

Después de M. Combalot, enviado por Dios para lanzar la semilla, no para cultivarla y hacerla crecer, fué el Abate d'Alzon, aquel otro apóstol de gran corazón, quien llegó a ser el sostén principal de la nueva Congregación. Espiritu amplio, profundo, alma ardiente, muy apreciado por Monseñor Cart y después por Monseñor Plantier, Obispo de Nimes, del cual era Vicario General, fué el Abate d'Alzon para la joven Fundadora un seguro consejero y un padre abnegado. Completamente de acuerdo con ella sobre la necesidad de la obra educadora y sobre la elección de métodos, fué a su vez el Padre de una gran familia religiosa. Le gustaba recordar que su admiración por el fervor de las religiosas de la Asunción le inspiró la primera idea de una fundación paralela y que los consejos y el apoyo de la Reverenda Madre María Eugenia le habían ayudado a realizar su obra.

Referir aquí los lazos de amistad que le unieron con la Fundadora, sobrepasaría los límites de nuestro tema; sin embargo, séanos permitido, por lo menos, dedicarle desde estas páginas un recuerdo lleno de filial y profundo agradecimiento.

No podemos seguir con detalle a las primeras religiosas en sus múltiples peregrinaciones: después de Meudon, se instalaron en la calle de Vaugirard, para trasladarse en seguida, en 1842, a Impasse des Vignes, donde se abrió el primer pensionado, y en fin, a la calle de Chaillot; allí acudieron prontamente las alumnas.

Dios bendecía de una manera visible la nueva obra.

CAPÍTULO IV

«INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO»

La Congregación naciente no dejó de tropezar con buen número de prevenciones y promovió muchas críticas. No comprendían muchos su oportunidad y algunos desconfiaban de sus innovaciones. No captaban el espíritu de la obra.

No obstante, y desde los primeros días, tuvo también la Asunción fieles amigos y admiradores sinceros. Principalmente los más destacados discípulos de la escuela menaisiana aportaban a la Fundadora el precioso concurso de sus luces y de su saber. Las primeras religiosas de la Asunción y sus discípulas recibieron «las lecciones de filosofía cristiana del Abate Gerbert, mientras que M. de Coux las iniciaba en economía social; M. d'Ault-Dumesnil, en historia literaria, y Eugène Boré, en lenguas orientales».

Entre los muchos testimonios de simpatía recibidos, citemos una carta de Monseñor Thibaud, Obispo de Montpellier, dirigida al Abate Combalot, al día siguiente de la ruptura, el 9 de mayo de 1841 (1): «Yo sé que uno de los asuntos más

(1) Cf. *L'École Menaisienne*, tomo 1, «L'Abbé Combalot», por Monseñor Ricard.

importantes que le han llevado a la Ciudad Santa es el referente a sus Hijas de la Asunción, que Monseñor de Paris acaba de hacer suyas... Cuando tenga usted para su obra la gran autoridad de la sede que domina a todas las demás, irá usted a pasos agigantados por el camino del bien que aún queda por hacer.

»Evidentemente ha sido mal comprendida hasta ahora la educación de las niñas. En todas partes se ha hablado y se habla todavía diariamente de los defectos de la mujer, no para corregirlos, sino para arraigarlos más en ella. Con toda seguridad, no es esto lo que se desea, pero es lo que se hace, y de este modo es el orgullo el gran móvil de todas sus acciones, siendo a él a quien se invoca en todo momento como medio de alcanzar el éxito, tanto en lo que se refiere al estudio como en lo concerniente a los modales. Y como la mujer debe a su constitución física un gran estado de laxitud, aparte de que procediendo así con ella se deja en olvido toda idea católica, no se obtiene tampoco lo que el orgullo pueda tener de grandioso y solamente se consigue llegar a las miserias de la vanidad.

»Estas ideas son las suyas, mi querido Abate, y porque usted las ha tenido existe la Asunción en condición de obra aprobada por el Ordinario, para intentar una reforma grande y verdaderamente religiosa, desde el punto de vista de la educación de la mujer... Mis votos se elevan para que pueda usted ver el progreso de una obra que

yo creo destinada a hacer un bien positivo a la Iglesia.»

Este documento citado por Monseñor Ricard en el volumen que dedica al Abate Combalot, es muy importante para conocer el espíritu de la Asunción y su razón de ser.

Más valiosa es todavía la introducción a las Constituciones de las religiosas de la Asunción de Nuestra Señora, trazada por el Abate Combalot mismo, a petición de la Madre María Eugenia. «Es una página magnífica—leemos en Monseñor Ricard—, tal y como la hubieran podido escribir un Ambrosio o un Jerónimo a las vírgenes cristianas de su época, digna de figurar junto a las obras maestras de los grandes fundadores de la vida religiosa. Hay allí inspiradas consideraciones sobre las necesidades de la educación contemporánea, tan extraordinariamente desviada de su finalidad cristiana y social, por las insensateces de los programas dictados por un espíritu profundamente ajeno a la noción cristiana. Asimismo hemos podido leer el plan de estudios «completamente católico» que M. Combalot trazó para las religiosas y sus alumnas. Diríase que era San Jerónimo dictando su programa de espíritu y de enseñanza cristianos a las damas de Roma que deseaban despojarse de los prejuicios paganos de su elevada educación.»

He aquí esta introducción en sus ideas esenciales. En ella se encuentran las normas generales que habían de guiar a la Madre María Eugenia,

iluminando todo su sistema pedagógico. El Abate Combalot comienza por un estudio de la vida religiosa, tal y como se ha desarrollado en las diferentes órdenes y congregaciones. «De acuerdo con las necesidades de los tiempos, se las puede reducir a tres clases: las órdenes contemplativas y las dedicadas a la caridad o a la enseñanza.» Por medio de las congregaciones activas, a quienes no separan del mundo barreras infranqueables, es por donde llegarán a la humanidad los tres bienes que le faltan: la verdad, la caridad y la virtud. «Esta inmensa herencia de misericordia y de virtud que la Pasión de Jesucristo y la compasión de su divina Madre han legado a la mujer, se ha concentrado en esa gran cantidad de congregaciones consagradas al alivio de todas las miserias humanas.

«Pero la virtud y la caridad, restablecidas en el mundo por la gracia de Cristo, no fueron los únicos bienes hechos a la humanidad. Hay otro más, del que tienen hambre y sed las inteligencias y, por desgracia, lo buscan con demasiada frecuencia por los caminos de la duda y del error. Este otro bien es la verdad, y únicamente el sacerdocio ha recibido aquí abajo el celestial depósito: *Id y enseñad, Ite et docete*. Mas la divina Providencia ha querido asociar a esta elevada misión que el sacerdocio ha recibido de los mismos labios de Jesucristo a las más humildes mujeres.

«Y, especialmente, cerca de la cuna es donde tienen ellas una misión omnipotente. Revestidas

de la doble maternidad de la naturaleza y de la gracia, *les está confiada la propagación permanente de la verdad*, y el porvenir de las generaciones reposa en ellas. Pero si llegasen días en que estos sagrados deberes fueran menospreciados, una alteración profunda se introduciría furtivamente en la familia, perecerían las tradiciones y los Estados se desquiciarían en sus bases. Ésta es una de las plagas de nuestra época y, tal vez, una de las más difíciles de curar. El Espíritu de verdad y de vida que rige la Iglesia ha encontrado, no obstante, un remedio para este profundo mal. Dios creó a la mujer para una misión aún más hermosa que la correspondiente a la maternidad humana; me refiero a esas vírgenes que, sin pedir nada al mundo de sus honores ni de sus goces, vienen en su auxilio por una especie de maternidad espiritual y divina, cuyos deberes cumplen al lado de niñas desconocidas que no podrán darles jamás realmente el nombre de madres.

»Nuestro Señor les inspira ese tierno amor a la infancia, del que Él mismo les ha dado ejemplo... Estos ángeles, benditos de Dios y de las madres en cuyos corazones queda todavía un resto de fe, se unen en un común sentimiento de fervor y de amor, y su casa, que Jesucristo se digna llamar casa suya, se convierte en asilo donde la infancia cristiana se llega a buscar lo que ya no encuentra bajo el techo familiar: la verdad, la gracia y la virtud.»

También desca el Abate Combalot que «nazcan

en las Iglesias nuevas generaciones de Hermanas y Hermanos para la educación de las clases indigentes; después señala la *necesidad*, todavía mayor, de *comunidades dedicadas a la enseñanza que se dirijan a las niñas de las clases elevadas*. En efecto, «las niñas ricas—dice—nacen y viven en nuestros días en una atmósfera de sensualidad y de orgullo casi paganos. Nada puede reemplazar, para ellas, al ejemplo y a las lecciones recibidos de quienes despreciaron todos los bienes de nacimiento, fortuna y grandeza humanos, para revestirse de la pobreza evangélica».

Después de hablar del daño que hace una educación mundana e incluso la cristiana demasiado superficial, que ofrece prácticas religiosas sin establecer antes convicciones profundas, llega a la fundación de la Asunción. Recuerda cuántas dificultades hubo que vencer para «reunir las primeras piedras del edificio» y qué serie de circunstancias verdaderamente providenciales hicieron posible una empresa que podía parecer un desatino a los ojos de los hombres.

«*Vuestra especial misión —escribe— es purificar las almas y desligarlas de las costumbres de egoísmo y molicie en que han sido educadas...* Declarad a la molicie del alma y del cuerpo una guerra que sólo tendrá fin cuando acabe vuestra vida, y no permitáis jamás que el envenenado aliento de las ideas, gustos y maneras del mundo penetren bajo las tiendas que levantéis en el seno de las sociedades modernas. Vuestra misión sobre las hijas

de los ricos será operar en sus almas una revolución fundamental. Aunque formadas en la escuela del mundo, deben llegar a comprender y apreciar las santas lecciones del Evangelio...»

La Fundadora era capaz de comprender semejante lenguaje. A continuación veremos cómo supo hacer suyas tan elevadas enseñanzas y trasladarlas desde el terreno especulativo y teórico hasta el plan práctico de la realización.

Nos queda aún por precisar la cuestión de la enseñanza y el carácter especial que debe tener en la Asunción. Aquí, la idea primordial del Abate Combalot es un eco de las doctrinas más firmes y más elevadas de la escuela menaisiana. Escuchemos sus propias palabras: «El árbol de la falsa ciencia, plantado en terrenos de un sensualismo orgulloso, ha producido ya frutos de muerte. No conozco otro remedio para este mal *que un cambio total en la enseñanza de las jóvenes...* Aún no hace mucho tiempo que se creía generalmente en Europa que el catolicismo no tiene nada que ver con los dominios de la historia, de la política, de las artes, de las ciencias y de la poesía. Apenas si se comienza ahora la retractación de esta gran herejía. Hombres preclaros trabajan en Francia para adaptar la enseñanza a sus verdaderos principios; pero, que yo sepa, todavía no se ha intentado nada a este respecto por los jóvenes a quienes, sin embargo, se quiere iniciar en el estudio de las letras en una medida incomparablemente más amplia de cuanto se ha venido haciendo hasta aquí.»

Y termina: «Yo me he propuesto... la solución de este difícil problema: formar una congregación docente de religiosas que difundan por medio de una educación completa y profundamente cristiana todos los gérmenes de regeneración en la familia y en la sociedad, penetrando de la ciencia y el amor de Jesucristo el espíritu, el alma y el corazón de la niña.»

Una efusión enteramente paternal concluye este escrito: es un llamamiento a la fe, a la renunciación, a la obediencia, a la mortificación, con la esperanza de «que estas sólidas virtudes — las únicas tal vez que no están expuestas a las ilusiones del enemigo — serán las piedras angulares de vuestra Congregación. Si la reedificamos sobre estos primeros cimientos, en vano se desencadenarán los vientos y las lluvias, nada será capaz de hacerla vacilar.»

Cada una de las líneas de este prefacio debería ser releída y meditada por las educadoras cristianas; tomarían de ellas, para la hora actual, en que la sociedad vuelve al paganismo, los principios vitales y directivos que la Madre María Eugenia encontró en ellas hace más de cien años y a las cuales hacen eco dos documentos sobremanera importantes: una carta de la Fundadora a Monseñor Gros, Superior de la Congregación, y otra al Padre Lacordaire. Veremos en ellas lo que Dios, cuando quiere una obra, puede inspirar a una muchacha de veinticuatro años que se ha entregado sin reservas a sus adorables designios. Cuan-

do se piensa que al escribir la Reverenda Madre María Eugenia las líneas que transcribimos a continuación, hacia apenas cuatro años que había encontrado por primera vez al Abate Combalot y que tan poco tiempo le bastó para permitirle precisar, profundizar en la finalidad y en la razón de ser del nuevo Instituto, cuyo espíritu en nada ha variado desde entonces, sólo nos resta admirar la sabiduría de Dios, y se comprende que la palabra «milagro» fuera pronunciada a propósito de la Asunción, «esta fundación maravillosa—subraya el Abate Brémond (1)—, uno de los capítulos más bellos y menos conocidos de la historia del Romanticismo». Nosotras, que la conocemos ahora un poco mejor, acabemos de bosquejar sus trazos, y entonces estaremos en condiciones de abordar lo que hemos llamado la «pedagogía» de la Madre María Eugenia.

El 15 de agosto de 1841 Monseñor Gros había recibido los votos de las primeras Madres. Pero la Asunción no se desarrollaba rápidamente. Las prevenciones del clero de París contra el Abate Combalot recaían sobre las ideas y las obras del demasiado impetuoso misionero; la separación no había mejorado en absoluto la situación de la pequeña Comunidad, cuya existencia misma era objeto de discusión. Se hablaba de dispersar a las Hermanas; cada una escogería la Orden que mejor le conviniera y la Madre María Eugenia se reti-

(1) *Manual de la Literatura católica en Francia desde 1870 hasta nuestros días*, cap. X. Edición Spes.

raría a la Visitación; ¿qué diferencia veía ella entre esta Congregación y la suya?

A la hora decisiva en la que se trataba de «ser o no ser», la Madre María Eugenia recurrió, según su costumbre, a la oración, y después de haber meditado largamente delante del Santísimo Sacramento, escribía a Monseñor Gros la siguiente carta:

«...La idea que ha presidido la fundación (de la Asunción) es una idea de celo y es la que ha determinado mi vocación. Hija de una familia desgraciadamente poco cristiana, educada en medio de una sociedad que lo era menos todavía, sin madre a los quince años y teniendo por el azar de las cosas y efectos de mi posición muchas más relaciones y conocimientos del mundo que los que generalmente se tienen a mi edad, pude comprender la desgracia de la clase de sociedad a la cual pertenecía, y le confieso que aun hoy no conozco pensamiento más triste que el de este recuerdo. Me parece que toda mi alma, que ama un poco a la Iglesia y que conoce la profunda impiedad de las tres cuartas partes de las familias ricas e influyentes de París, debe sentirse apremiada para ensayarlo todo e intentar que Jesucristo penetre entre ellas.

«Mas, ¿qué hacer para ello? Los hombres no entran en las iglesias; las mujeres van a las dos, por la gente y para lucir los trajes, con prejuicios y costumbres que no permiten que les alcance ni un solo pensamiento serio; los hijos van al colegio; quedan las hijas, que hasta ahora se han educado

en los pensionados de moda o por institutrices con frecuencia poco cristianas y demasiado ligeras. Apenas conozco un resultado de estas educaciones que no hayan tenido que deplorar los mismos padres incrédulos. Y es esta última circunstancia la que nos permite alguna esperanza, pero desgraciadamente, *en la clase de que hablo*, es decir, en las familias de banqueros, notarios, abogados, etcétera—que podríamos llamar de algún modo *aristocracia liberal*—, *mil prejuicios se oponen todavía a la educación en los conventos*.

»Es indudable que sienten que los medios que han empleado hasta aquí no han dejado en sus hijas las virtudes que el mundo mismo exige de ellas; pero quieren *una instrucción sin límites, maneras y modales que sean los suyos, y la antigüedad de las instituciones religiosas*, que es motivo de confianza para las personas piadosas, es para ellos *una razón de alejamiento*. Las rejas les harán huir, y lo mismo digo de mil pequñeces exteriores que, en mucho tiempo por lo menos, no les permitirán acercarse a la Visitación. En cuanto se refiere a los conventos especialmente dedicados a la educación, permítame que le confiese—puesto que debo decirle toda la verdad en una cosa tan importante—que las personas que yo conozco están encerradas en uno de estos *tres prejuicios: color político, defecto de instrucción o defecto de buenos modales*.

»Yo sabía todas estas cosas en la época en que M. el Abate de Combalot me habló de su obra

por primera vez; por lo tanto, me pareció destinada a hacer un bien que yo deseaba vivamente.»

La Reverenda Madre confiesa, sin embargo, sus vacilaciones, sus repugnancias; pero el amor de Dios, la adoración de los derechos divinos, el deseo de emplear en el bien de las almas incluso los talentos naturales que había recibido, triunfaron sobre sus dudas. «...Yo sentía una atracción muy viva por el celo y sabía perfectamente que, una vez decidida, nada me parecería demasiado para tratar de imitar a Jesucristo en su misión de Salvador de estas pobres almas que aleja de Él la ignorancia, mucho más que la mala voluntad...»

La idea de quedarse en la Visitación de la Côte Saint-André, donde había hecho una temporada de prueba, cruzó un instante por su pensamiento, no porque dudase de su vocación, sino de la aptitud del fundador. Consultado su confesor, descartó esta idea como una tentación y la animó a perseverar en un camino que parecía marcado por Dios para ella. El desaliento queda muy lejos ahora; las Hermanas, aunque pocas en número todavía, son fervorosas y abnegadas. «Tenemos el consuelo —continúa la Reverenda Madre— de ver a las personas cuyas hijas quisiéramos educar, demostrar día por día una mayor confianza en nuestra educación. Todo, incluso las burlas, es útil a nuestro fin. Nos llaman sabias, y nada puede haber más adecuado para atraernos a las niñas que deseamos.»

¿Qué conservaron las Hermanas de las obliga-

ciones monásticas? La joven Fundadora nos lo va a explicar. Observemos cómo todo lo que hace o dice está impregnado de buen sentido y lleno de espíritu sobrenatural: no hay en ella «ni demasiado, ni demasiado poco»; no existen excesos de ninguna clase y en todo reina siempre ese admirable equilibrio que dicta la prudencia. «Las prácticas de la vida religiosa—piensa la Madre María Eugenia—son un apoyo que hace necesario la debilidad humana; algunos quisieran suprimirlas como una traba molesta, con el pretexto de dejar al alma una mayor libertad de acción. Serán, por el contrario, para la religiosa, un manantial de donde se alimentarán incesantemente su fervor y su celo: la obligación de las prácticas diarias nos vuelve, por decirlo así, forzosamente al espíritu de nuestro estado.»

Pero *las rejas* no son indispensables; incluso serían aquí *un obstáculo para la educación: tendríamos, pues, solamente media clausura*. Y esta doble inquietud es la que guía siempre las decisiones de la Fundadora: por una parte, una vida religiosa integral, conforme con las tradiciones monásticas más antiguas, y por otra, la educación de las niñas a quienes nada debe desagradar en nuestra manera de ser.

Se hubiera querido suprimir la recitación del gran Oficio, como incompatible con la vida de celo y apostolado. La Madre pone en ello más interés que en nada del mundo: «Las religiosas ocupadas de la educación tienen más necesidad de rezar que

las otras...», escribe. El Oficio es la oración por excelencia; «nos hace hijas de la Iglesia» y es, además, un medio de apostolado para las niñas, a quienes proporciona la afición hacia la liturgia, el gusto del culto externo y de las hermosas ceremonias.

A los que critican nuestras prácticas de pobreza y mortificación responde la Madre María Eugenia: «Frente a las niñas educadas con tanto lujo y mollicie, nunca tendríamos demasiada pobreza práctica, bien para imprimir en ellas un poco de desprecio hacia las comodidades de la vida, o bien para conservarlo nosotras mismas y preservarnos de las ideas del mundo sobre este punto.»

Aún le queda por rebatir una última objeción: ¿Por qué desplegar semejante celo? ¿Es necesario llevar tan lejos los estudios? ¿Es que tanta ciencia es verdaderamente útil a las mujeres? La Madre María Eugenia responde con aquella calma, aquella mesura que ya le conocemos. «En nuestras Constituciones se recuerda con frecuencia la finalidad de celo: hay reglas para los estudios, con el fin de que, estando obligadas a exponerlos, sepamos que es deber nuestro llevar a ellos un espíritu religioso y severo, buscando tan sólo un medio de hacer conocer a Jesucristo. Habría que discutir la utilidad de estos estudios amplificados si sólo quisiéramos atraernos a los padres cristianos lo bastante razonables para contentarse con lo que es verdaderamente útil a las mujeres. Mas si bastara con molestarse un poco y plegarse exteriormente a la manía científica de la gente del mundo para

obtener la salvación de sus hijas, ¿no seríamos culpables si nos negáramos a hacerlo? Porque es un hecho cierto *que si no les demostramos que estamos en condiciones de enseñar todo lo que se enseña en sus pensionados, no nos entregarán a sus hijas para que les enseñemos la fe.*»

La Madre María Eugenia se disculpa en seguida por haberse atrevido a exponer su pensamiento de manera tan resuelta. Con humildad profunda confiesa su incapacidad y no se extraña de la falta de éxito de su obra. Sin embargo, en un momento en que se decide la vida del Instituto, proclama una vez más su absoluta certeza de que Dios quiere esta obra. «Si alguna vez se nos encuentra indignas y no es por nosotras por quien se llegue a hacer la obra de celo en la cual hemos querido trabajar, permíteme que me tome la libertad de decirle que es tan necesaria, que tarde o temprano se llevará a cabo por manos más santas, y en cuanto a mí, no creo tener otra vocación que pertenecer a ella, sean cuales sean los sufrimientos o las dificultades que puedan ir ligadas a la misma.

«He aquí una libertad completamente filial; dígnese perdonarla, lo mismo que la longitud de esta carta, y reciba, padre mío, la seguridad de todos los respetuosos sentimientos con los que soy, en Jesucristo y en María, su muy humilde y obediente servidora e hija.

«SOR MARÍA EUGENIA DE JESÚS.»

Esta carta tiene un gran valor para nosotras. Responde a todo y hay que volver sobre ella para conocer la razón de ser de la Asunción, de sus costumbres, de sus prácticas, de todo aquello que esencialmente la constituye.

Monseñor Gros, profundamente edificado, respondió en seguida: La Asunción vivirá. También él tiene el convencimiento. Dios quiere vuestra obra.

En una segunda carta, dirigida esta vez al Padre Lacordaire y con carácter completamente íntimo, la Madre María Eugenia concluye de definir el espíritu de la Asunción:

«...Voy a hablarle muy sencillamente, Padre mio. Creo que estamos colocadas aquí abajo para trabajar en la realización del reino de nuestro Padre celestial sobre nosotras y sobre los demás. Creo que la finalidad de la religión cristiana no es interesarnos sólo en buscar por todos los medios la bienaventuranza eterna, sino hacernos averiguar también en qué puede Dios servirse de nosotros para la difusión y la realización de su Evangelio. Es preciso hacerlo valerosamente y por medios de fe—los pobres e impotentes medios que Jesucristo tomó—, preocupándonos tan sólo de hacer todas aquellas cosas para las cuales puede habernos destinado y abandonándole todos los éxitos del tiempo y de la eternidad.

»¿Concibe usted la belleza de una sociedad verdaderamente cristiana? Dios, dueño de los espíritus bajo las sombras de la fe, de las voluntades

en las angustias de la prueba reinando en todas partes, aunque invisible; adorado cuando hierre, y todas las virtudes que son la vida de Dios, preferidas a todas las necesidades que integran la vida natural del hombre... Hacer conocer a Jesucristo, liberador y rey del mundo; enseñar que todo le pertenece; que, presente en nuestras almas por la vida de la gracia, quiere trabajar en cada uno de nosotros la gran obra del reino de Dios, que todos entremos en su plan...: éste es para mí el principio y el fin de la enseñanza cristiana... Estos pensamientos han dominado siempre mi cristianismo y particularmente mi vocación religiosa. Fué al oírlos por primera vez en Notre-Dame cuando me sentí apremiada para aportar también mi granito de arena al edificio, la gota de sangre de mi sacrificio al combate... Mi mirada... está puesta por completo en Jesucristo y en la extensión de su reinado.»

Esta carta se refiere especialmente a la vida interior del Instituto y a la formación de las religiosas llamadas a él. Por ello nos limitamos a citar aquellos extractos indispensables para dar a conocer el espíritu de la Asunción y señalar bien cuál es el manantial de vida de donde extraen las educadoras la enseñanza que comunicarán en seguida a las almas de las niñas que están a su cargo: hacer conocer a Jesucristo, trabajar en la propagación de su reinado, «restaurar todo en Cristo».

SEGUNDA PARTE

CÓMO SE FORJA UN CARÁCTER

La juventud femenina, sobre la cual se inclina con tanta solicitud la Madre María Eugenia, es de manejo delicado. Esencialmente se trata de «evarla» (1) sacándola de la profundidad de su egoísmo, de las tinieblas que la oscurecen y hacerla subir hacia la luz. Se trata *de formar en ella caracteres*: ¡bella palabra, y cuán rica en elementos! Entra en juego la inteligencia con su potencia de conocer; el corazón, con sus tendencias afectivas y su potencia de amar; la voluntad con sus energías y su potencia de obrar. Intentaremos ahora demostrar cómo entendió su misión la Reverenda Madre y qué consejos nos ha dejado.

Destaquemos en seguida el carácter muy «moderno» de sus puntos de vista. Lejos de tener sólo presentes las exigencias de su época, sabe a la vez utilizar las sabias experiencias del pasado, presintiendo, de una manera asombrosa, las necesidades del porvenir. Aunque nutrida por las más puras, las más sanas tradiciones, se adelanta a su época y forma como un nexo entre los dos tiempos. Esto es precisamente lo que proporciona tal valor a sus enseñanzas y las hace siempre tan actuales.

(1) Hay aquí un juego de palabras con el verbo francés *élever*, que lo mismo puede significar educar que elevar.

CAPÍTULO I

ILUMINAR LOS ESPÍRITUS CON LAS LUCES DE LA FE

Si, como hemos dicho, la Asunción nació de un acto de fe, es también únicamente sobre la fe donde pretende establecer su pedagogía la Reverenda Madre Fundadora. Su alma está penetrada de ella y de ella vive: recordemos su primera Comunión, aquel sentido profundo que tuvo entonces de la esencia de Dios; después, el segundo llamamiento de la gracia al pie del púlpito de Notre-Dame y el pensamiento claro, luminoso, que se impone a su espíritu: «Sólo estoy en este mundo para servir a la gran causa de la verdad, para trabajar por Dios y por la Iglesia.»

Cuando en 1842, tres años después de la fundación, piden a su Madre las primeras religiosas que les exponga sus ideas sobre la educación, la joven Superiora reconoce que de «todos los temas, es éste el más difícil de tratar». Pero «cree firmemente que Dios concede a todos los seres aquello que más necesitan para el cumplimiento de su misión». Y a pesar de su «ignorancia» y de su «inexperiencia», ella, que en nada ha sido humanamente preparada para esta tarea de educadora,

compone una de las páginas más bellas que se han escrito sobre esta cuestión.

Su regla de conducta es invariable: «Mi método será mantenerme lo más cerca posible de Jesucristo, a fin de juzgar todo por medio de sus luces.» Él es la fuente de toda inspiración, el gran modelo que debe imitar toda alma religiosa y muy en especial toda educadora. «Al encargaros de la infancia, es la misión de Jesucristo la que queréis continuar... Aquí, más que en cualquiera otra parte, es preciso renunciar a su propio juicio, a sus propios intereses, a sus sentimientos, a todo lo que proviene del «yo» y a todo lo que vuelve hacia él. Es necesario proceder representando a Jesucristo, hacer y decir lo que Él ha querido, entrar en sus designios y llevar nuestras miradas humanas, solamente donde su divina mirada se hubiera detenido. Ahora bien: no olvidemos que el mundo ha perdido el sentido cristiano. Os recordaré que vivimos en época de tinieblas, y ésta es una de las cosas de las que es preciso estar bien penetradas. El espíritu humano, a causa de la impiedad reinante, de los errores difundidos y de la falsa filosofía en que viven incluso los espíritus selectos, el espíritu humano, repito, está hoy oscurecido por mayor número de tinieblas de las que tal vez haya tenido desde hace muchos siglos.»

Iluminar el espíritu con las luces de la fe es, por consiguiente y ante todo, el deber de la educadora. Esta fe católica, íntegra, se basa en la veracidad de Dios. «El primer derecho de Dios es

que le creamos cuando habla, y el primer deber del hombre es recibir la palabra de Dios con un profundo respeto y una gran fe... Es necesario que nuestra fe sea firme, ardiente... Hay que aborrecer todo lo que está fuera de las pautas de la Iglesia y de la fe, todo lo que se aleje, por poco que sea, de la enseñanza católica..., ir siempre hacia lo más seguro.» Ni un solo instante se apartará la Fundadora de un programa trazado con tanta precisión. El 28 de abril de 1889, al celebrarse el Cincuentenario de la Congregación, la Madre María Eugenia, volviendo sobre la idea que había presidido la fundación, afirmará de nuevo: «Cuando nos reunimos, la obra por entero, para nosotras, no consistía más que en dar a las niñas ideas conformes con las ideas de la Iglesia, en construir todo nuestro edificio sobre la doctrina cristiana.

«Habíamos experimentado todas los inconvenientes de una enseñanza inspirada en diversos principios mundanos o anticatólicos. No obstante, no porque existiera en nuestra educación un decidido empeño en alejar de ella el nombre de Dios y no desear la religión como fundamento de nuestra enseñanza, pero nos faltaban las convicciones: se leían libros de todas clases, teníamos profesores de todas las creencias y era imposible llegar a la edad que habíamos alcanzado con una determinada cultura del espíritu y sin haber comprendido el inmenso inconveniente de tener en la inteligencia cosas que no todas tienen siempre su origen en la verdad.

»De este modo el principio que nosotras queríamos poner en la base de nuestra obra consistía en no ofrecer a las niñas más *que aquellas ideas que provinieran de la fe cristiana, las ideas de la Iglesia*. En efecto, hubiéramos cesado y cesaríamos de existir, *no tendríamos ya razón de ser*, si nos propusiéramos otra cosa, si no fuera siempre aquel fundamento el adoptado por nosotras para erigir sobre él la enseñanza de la juventud.

»Comprenderéis que es necesario que cuanto llegue a la inteligencia de las niñas esté basado en la fe, con objeto de que esta inteligencia, convencida, pueda convertirse en el día del peligro en una fuerza que las sostenga o las vuelva a la rectitud del cumplimiento del deber cristiano.»

Volveremos otra vez sobre esto, pero hagamos constar desde ahora esta preocupación de formar en la niña una *fe activa*: podríamos decir que es uno de los ejes alrededor de los cuales gira todo el sistema pedagógico de la Reverenda Madre.

Mas, ¿dónde encontrar la verdad que ella desea ofrecer a las almas, si no es en el Evangelio? «Amad mucho el Evangelio; leedlo con un respeto profundo, persuadidas de que, bajo la envoltura de cada una de sus palabras, se esconde el Verbo divino.

»El gran Oficio es también uno de los manantiales de nuestra vida, y precisamente ahí es donde podemos obtener este espíritu de la Iglesia. El amor al Oficio divino ha sido uno de los caracteres primitivos de la Asunción... ¿Cuál es la razón de

este amor? Que el Oficio es el lenguaje de la Iglesia y nos pone en comunicación con todos los santos del cielo y de la tierra, encontramos en él todo lo que puede proporcionar a nuestra devoción el carácter más eclesiástico, más sólido, más universal, más lleno de tradición, y todo ello resume por entero la alabanza que se ha dado a Dios desde los primeros tiempos de la Iglesia, desde la Sinagoga, desde los Patriarcas.»

Nos llevaría demasiado lejos recordar los admirables comentarios que la Madre María Eugenia nos ha dejado sobre determinadas partes del Oficio; paráfrasis de los salmos, explicación del *Te Deum*; pero vemos elevarse ante nosotras algunos de los jalones destinados a guiarnos en nuestra marcha hacia la verdad. No olvidemos el lugar que nuestra Madre concede a los Padres de la Iglesia, esos grandes luminares, de los cuales dice San Jerónimo cuando escribe a Laeta: «Se pueden recorrer con pie firme, en la seguridad de que jamás encontrará nada que le haga resbalar.»

La Reverenda Madre no teme para sus hijas las lecturas fuertes, capaces de fortalecer una sólida piedad. Impone a las novicias el estudio de la *Suma*, el estudio del latín, indispensable a quien desee penetrar las bellezas del Breviario. ¡Con cuánto cuidado vela sobre las lecturas de las Hermanas, enseñándoles de este modo a guardarse de un peligro real y a preservar de él, más adelante, a las niñas que les serán confiadas! «En la lectura, en el estudio, es preciso buscar lo sólido. La vida

no es bastante larga para que en su transcurso podamos leer todos los buenos libros que existen; dejemos los dudosos; tomemos tan sólo aquellos que nos instruyen sin engañarnos jamás... Trátemos de formar en nosotras un espíritu al que todo error ofenda...»

Si todo es fuerte en su doctrina, todo es fuerte también en sus devociones. En el centro, Cristo y su Santa Madre: pero Cristo conocido, no como una abstracción, sino como persona real, que vive en medio de sus misterios y muy especialmente en su Santísimo Sacramento: «Acompañar y honrar a Jesucristo en la Sagrada Eucaristía no es más que una consecuencia de la necesidad que tenemos de conocerlo, de servirle y de amarlo con la mayor perfección. En medio de una intensa actividad, nos verán las niñas abandonar todas nuestras ocupaciones para relevarnos en el reclinador de la adoración. Comprenderán entonces que nada hay suficientemente bello para nuestras capillas, que sólo son dignos del Rey divino las más bellas flores, los ornamentos más ricos, los vasos más preciosos; se harán cargo así de la profunda fe que es necesaria para adorar a la Divina Majestad, que se oculta bajo el velo de una hostia pequeñita y del culto que debemos tributarle.

Cristo está, además, representado en la Iglesia por el Papa, su Vicario en la tierra. «¿Qué respeto, qué amor hemos de sentir hacia aquel que Santa Catalina de Sena llamaba el dulce Cristo de la

tierra!» Nuestra Madre se complacía en recordar la indignación con que un día le había hablado el Cardenal Gousset de un predicador que, en un sermón de ejercicios a sus sacerdotes, ni siquiera había nombrado al Santo Padre: «Señora, ¡les habla mucho de devociones, pero ni una sola vez les ha hablado del Soberano Pontífice ni de Roma, el centro de la Iglesia!»

Entre los más caros recuerdos de la santa Fundadora contaban siempre sus visitas a Roma. Tuvo la dicha de ser recibida en audiencia privada, primero por Su Santidad Pío IX y después por el Papa León XIII, que aprobó los Estatutos de la Asunción. Allí, a los pies del Vicario de Cristo, la Reverenda Madre vivió las más dulces horas de su vida y hablaba de ellas con una emoción que se comunicaba a sus oyentes. «¡Qué atmósfera sobrenatural se respira en Roma! He rezado mucho por la Congregación y he pedido a San Pedro que el amor a la Iglesia fuera siempre su principal carácter. ¡Que perezca si no ha de estar siempre tiernamente unida a la Cátedra de Roma!» Y después de una visita al Padre Santo, dice: «Me he creído en presencia de Nuestro Señor mismo. ¡Qué majestad y cuánta gracia! Me parecía ver sobre su frente todos los dolores y todas las esperanzas de la Iglesia.» Y en otra ocasión: «Nuestro Señor es aquí el Dueño, el Maestro, el Rey, la razón de ser de todas las cosas... La fuente de toda vida sobrenatural está en el Vaticano; allí está el corazón de la Iglesia. Roma es

la ciudad de la inteligencia y de la verdad... Roma es también la ciudad de las almas.»

En las horas más graves, cada vez que se trató en la Congregación de tomar una decisión importante, siempre fué de Roma, del Jefe de la Iglesia, de donde nos vino la luz. Comprenderéis así qué poderoso estímulo es para nosotras oír de la boca de Pío XI palabras como las que siguen: «Sois de la Asunción, hijas mías: este nombre representa todo un programa de vida y de elevada perfección, todo un tesoro de educación cristiana «extensa, profunda y, dejadme que os lo diga, exquisitamente cristiana y católica». Grabad bien estas palabras en vuestra memoria: «extensamente, profundamente, exquisitamente», porque en ellas se encierra la esencia misma de esta perfección a la cual os conduce la educación de la Asunción: este espíritu de fe, de amor, de piedad amplia y profunda, de adhesión a la Santa Sede, al Vicario de Cristo, que es uno de los rasgos característicos del espíritu de la Asunción.»

Si existe una fecha gloriosa en los anales de la Asunción, ninguna como el 3 de marzo de 1939, que elevaba al trono de Pedro al Cardenal Pacelli. Lazos muy estrechos le unían a la Asunción de Roma, donde había sido confesor de «medianas» antes de llegar a ser Cardenal Protector de la Congregación. Después de la Coronación de Su Santidad, tuvo lugar una escena, muy poco protocolaria tal vez, pero conmovedora por el cariño filial que en ella se demuestra. Al terminar la Misa Papal, el cortejo acababa de formarse de

nuevo en la basílica. Un testigo escribe: «Su Santidad Pío XII estaba entonces cerca de nosotros, sentado en la Silla Gestatoria. De pronto, algunas antiguas alumnas de la Asunción, que se hallaban detrás de nosotros, dieron la señal para las aclamaciones: ¡Viva el Papa! ¡Viva el Papa de la Asunción! El Santo Padre las oyó, nos lo ha dicho y ya lo habíamos adivinado por un imperceptible movimiento de su rostro. Era un poco audaz, pero el entusiasmo de estas queridas niñas es más que disculpable, ¿no es cierto?», y además entraba de lleno en las tradiciones creadas por la santa Fundadora.

Serían necesarios libros enteros para contar las pruebas de bondad tan paternales recibidas del Santo Padre, trastrocando casi el protocolo cuando se trata de su Asunción. Cuando el centenario de la fundación, mayo de 1939—apenas dos meses después de su elección—, tuvo a bien conceder a las religiosas, a las antiguas alumnas y a las niñas una audiencia excepcional, pidiendo a su Camarlengo y a sus Camareros que le dejaran solo. «No quiero ningún testigo.» En la Sala del Consistorio había muy cerca de cuatrocientas, rodeando al Papa como las hijas rodean a su padre... La audiencia duró dos horas y diez minutos, ¡para volver celosos a todos los grandes de la tierra, que, todo lo más, son recibidos durante veinte minutos! Cada una de ellas pudo acercarse al Santo Padre, hablarle de corazón a corazón. El Papa se inclinaba paternalmente, escuchando a todas con bondad.

Una nena de tres años se acerca al trono del

Santo Padre. Con dulce sonrisa y señalando a Pío XII con su dedito extendido, le dice:

—¡Tú eres verdaderamente Jesús!

—¡Ojalá!—respondió Su Santidad, sonriendo y acariciándola.

La niña, sin intimidarse lo más mínimo, prosigue, juntando sus manitas:

—Te quiero mucho, ¿sabes?, y rezo por ti todos los días.

La madre, una antigua alumna, había sabido inculcarle desde la cuna un amor ardiente hacia el Soberano Pontífice... Y cuentan los testigos que era una escena encantadora ver al Papa inclinado sobre esta cabecita rubia. Diríase Nuestro Señor acogiendo a los niños, como en otro tiempo hacía por los caminos de Galilea, y afirmando su predilección por estos pequeñuelos: «Dejadlos venir a Mí, Yo los amo.» Si me he entretenido demasiado evocando estos recuerdos, es porque revelan un hecho cierto: el Papa es en verdad una de las primeras grandes devociones de nuestro Instituto.

Y con el Papa, la Iglesia, de la cual «es la cabeza, el corazón y la boca». ¡Cómo insiste la Reverenda Madre en que tratemos en nuestra obra educadora «de formar miembros fieles de la Iglesia! Es por la Iglesia por quien se establece el reino de Jesucristo sobre la tierra. Trabajáis en la difusión de su reinado, poniendo en el alma de nuestras niñas las más profundas nociones de la fe y del amor que debemos a la Santa Sede, un espíritu más cristiano, ideas más católicas».

He aquí ahora los Santos cuyo culto nos recomienda la Madre María Eugenia. Al lado de María nuestra Reina, nuestra Madre y nuestro Modelo, que es siempre objeto de una tierna y filial devoción por parte de las Religiosas y las niñas de la Asunción, concede la Fundadora un lugar preferente a los santos evangélicos: San José, San Pedro, San Juan, los Apóstoles, las santas mujeres; «fué en medio de ellos donde vivió Nuestro Señor», son los privilegiados de Cristo. A éstos hemos de añadir a San Pablo, que aprenderán a conocer las niñas de la Asunción en su libro de piedad por excelencia: el *Manual del Cristiano*. Vienen después las Virgenes mártires de los primeros siglos, cuyas figuras, tan puras y atractivas, pueden servir de modelo a las jóvenes cristianas de todos los tiempos: Santa Inés, Santa Cecilia, Santa Blantina... Todos los Doctores de la Iglesia, todos los grandes Fundadores de órdenes tendrán un lugar señalado en esta galería de nuestros santos preferidos. Aparte, y para terminar, están San Agustín y Santa Catalina de Sena, patronos y protectores de nuestra Orden. A todos estos bienaventurados son los que oirán nombrar, no sólo las Novicias, sino también las niñas de la Asunción desde su más tierna infancia y aprenderán a amarlos a través de las lecciones de sus maestras.

En esta elección no hay nada limitado, nada mezquino: ante todo somos católicas, amamos lo que la Iglesia ama, rechazamos todo lo que ella condena. Ésta es la razón que mueve a nuestra

Madre a inspirar a las alumnas el gusto por la liturgia, el motivo que le hace atribuir tan elevado valor a las bellísimas ceremonias cuyo esplendor puede dar una ligera idea del culto que debemos a la Majestad Divina. Mucho antes de que se hubiera hablado de los «métodos activos», presenta la Fundadora su utilidad, adivina el partido que se puede sacar de una actividad bien dirigida, en la cual la niña, en lugar de permanecer pasiva y soportar una ceremonia que se desarrollaría quedando al margen de la misma, toma parte en ella, representa un papel personal y vivo: las Vísperas cantadas de los domingos no parecen ya largas a las niñas, que tienen la absoluta responsabilidad de un coro y que intervienen en la salmodia con sus Madres. No existe más grata recompensa para las mayores que asistir a Maitines en las grandes fiestas, colocándose con las Religiosas en la sillería del coro. ¡Qué decir de la impresión inolvidable de los Oficios de Semana Santa, en los cuales la niña es, al mismo tiempo, figura y espectadora!... Por estos medios hace entrar nuestra Madre a las alumnas en la gran vida litúrgica de la Iglesia y combate la devoción individual y egoísta. A este respecto escribe: «Es necesario dar preferencia a los actos públicos, mejor que a los privados. El espíritu humano no se siente inclinado a estas cosas, le gusta mucho más estar completamente solo para sus pequeños asuntos, tener sus ideas, sus sentimientos, sus propias devociones... Dios y yo... No digo que sea

éste un sentimiento malo, pero no es lo que. Nuestro Señor enseña, puesto que dice en el Evangelio: «Cuando dos o tres se reúnan en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos.» A propósito de esto, escribe una antigua alumna: «No creo que en los demás conventos se concediera entonces tanta importancia a la instrucción litúrgica, a la devoción -- es decir, al amor -- de la liturgia. Creen haber inventado ahora el Catecismo Litúrgico, pero nosotras lo aprendíamos ya en el año 1895. Aprendíamos también de memoria el Ordinario de la Misa en latín o en francés, a elegir, con tal de que lo supiéramos comprendiendo su significado. Igualmente sabíamos de corrido la obra de Dom Guéranger sobre la Misa, y era nuestra Madre misma quien nos lo hacía recitar. Era ella, la Superiora, la que enseñaba el Catecismo a las mayores (1898-1899), resultaba bastante impresionante y demuestra la importancia que le concedía... He conservado un recuerdo inolvidable de este tiempo feliz. Tanto si se trataba de la devoción como si era nuestra educación o instrucción la que entraba en juego, siempre se nos abrían perspectivas, horizontes, pero nunca se nos impulsaba a la aventura. Como libros piadosos teníamos el *Manual del Cristiano* y el *Devocionario comprendido, amado, explicado*; Bossuet, San Francisco de Sales -- siempre lo sustancial y nada de afectaciones ni devociones ñoñas --. Nunca agradeceré bastante a nuestras Madres aquella lección de Catecismo que nos hacían recitar todos los domingos con el Evan-

gelio... Todavía experimento los beneficios de esta costumbre, No es posible olvidar el Catecismo cuando, durante ocho años, se han recitado sus lecciones todos los domingos... Sólo he conocido a las alumnas de la Asunción como únicas jóvenes que aprendieran entonces la Historia de la Iglesia o, más bien, que la hayan sabido durante su vida de mujer, que se interesaran por sus temas y que no repitieran demasiado los consabidos lugares comunes sobre el Papa y la Iglesia...»

He aquí, expresado en una forma original, la esencia de cuanto se enseña a las alumnas de la Asunción.

Y es que para formar a las niñas en esta fe, en esta piedad tan profunda, si existe el ejemplo que estimula, la vida litúrgica que tanto habla al espíritu y al corazón de las jóvenes, tenemos también la enseñanza directa de la religión, y la Reverenda Madre le concede un lugar muy destacado en su plan de estudios. Exponiendo esta cuestión, escribe:

«Para que nuestros estudios fueran cristianos era necesario conocer profundamente el cristianismo, y las obras más adecuadas para este fin son las escritas en los tiempos más cristianos, en la época en que los Padres de la Iglesia rodeaban el Evangelio de las luces humanas más elevadas. Esto es lo que distingue nuestros estudios; no es aprender más..., es concentrar todos nuestros afectos sobre las verdades, sobre las bellezas cristianas... Estudiar nuestra fe y deducir de lo que en-

seña cuanto hay necesidad de enseñar. Para llegar a esto hace falta más sencillez que aptitud, y los estudios ganan tanto en seriedad como en la parte piadosa.»

En sus lecciones, la Historia de la Iglesia y la instrucción religiosa tienen un lugar aparte, complementándose la una con la otra. La Fundadora pide que ambas «sean enseñadas con cuidado», porque ve en ellas «el punto culminante de la enseñanza cristiana. Las religiosas procuran alcanzar el más elevado desarrollo de la inteligencia de sus alumnas, instruyéndolas con profundidad y fundamento.»

Según hemos visto, la Superiora misma se encarga con frecuencia de la enseñanza del Catecismo, compartiendo la responsabilidad con el Padre Capellán. «¡Qué recuerdos— dice una antigua alumna— los de aquellas lecciones en que nuestra Madre no temía poner al alcance de cerebros de trece años la más pura doctrina de Santo Tomás! Las definiciones de la gracia, de la vida sobrenatural, del mérito y del demérito, quedaron grabadas en nosotras para siempre. Nada de discusiones que pudieran embrollar el espíritu: la verdad clara, enérgica, luminosa, poco sentimentalismo y, en su lugar, establecer convicciones.»

El curso de Historia de la Iglesia es también uno de los mejores medios de difundir la luz; desde los primeros días, dicho sea en honor de la Asunción, ha existido en nuestros programas, y a pesar del exceso de los actuales, hemos podido

mantenerlo en casi toda su integridad. «¡Esta Santa Iglesia es tan digna de Dios, tan beneficiosa para el hombre y, por eso mismo, tan eminentemente divina! Es Jesucristo mismo el que pasa a través de los siglos haciendo el bien.» ¡Qué cantidad de grandes lecciones pueden deducirse de esta enseñanza! La Iglesia expuesta a las persecuciones, atacada por las herejías, dividida por los cismas, prosigue imperturbable su marcha, basándose en las palabras mismas de Cristo: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.» En estos diecinueve siglos, ¡cuántas dinastías han conocido su apogeo primero y su decadencia después; cuántos grandes hombres, cuántos sabios según el mundo, han revolucionado a las multitudes provocando su entusiasmo de un día, para caer inmediatamente en el olvido! Sólo la iglesia santa, católica, apostólica, romana, desconoce estas fluctuaciones. Y en el transcurso de los años, si Cristo y su Iglesia tuvieron enemigos, existieron también los amigos, los fieles, los «entregados»: Papas, Confesores, Mártires, Taumaturgos, Vírgenes, Fundadores de Órdenes. Es necesario que nuestras niñas los conozcan, hacer que los amen, enseñarles lo que fueron en sus diversos ambientes estos admirables servidores del Señor, que consagraron a la defensa de los derechos de Dios y de la Iglesia su talento, su genio, su fortaleza, su elocuencia o sus sufrimientos.

Se me perdonará que evoque aquí un recuerdo personal. Tuve en la cuarta división una maestra

que había vivido largo tiempo en Roma y conocía, por lo tanto, todas sus riquezas. Estudiábamos entonces los cuatro primeros siglos de la Iglesia. Nadie sabía como esta religiosa hacer revivir aquellos tiempos de persecución y heroísmo de la fe: con ella hemos visitado a San Pedro en la prisión Mamertina; hemos asistido, primero, al encarcelamiento y después al martirio de San Pablo, a quien llamaba siempre «el querido San Pablo». Mezclándonos con la multitud del Coliseo, hemos visto correr la sangre de los «testigos de Cristo», hemos rezado en las catacumbas sobre los sepulcros de Santa Inés o de Santa Cecilia y aclamado el triunfo de la Cruz sobre el Lábaro. ¡Cómo nos hacía amar al Papa y a la Iglesia!

Sepamos enseñar de este modo a nuestras niñas la grandiosa vitalidad de nuestra Madre la Iglesia. Hagámosles saber que, a pesar de la incredulidad, que aparentemente va en aumento cada día, la fe sigue operando siempre grandes maravillas en las almas. En este aspecto nada tienen que envidiar al pasado los tiempos modernos: los nombres de José de Maistre, de Montalembert, de Lacordaire, los de Alberto de Mun, de Pasteur, de una Sor Rosalia, de un Cardenal Lavignerie, de un Cardenal Pie, de un Luis Veuillot o de un Ozanam, hacen honor a la Iglesia, al mismo tiempo que enaltecen a la humanidad. Las jóvenes no pueden permanecer indiferentes ante caracteres semejantes, y si conseguimos provocar su admiración, habremos contribuido a enriquecer su fe, aumen-

tando al mismo tiempo su amor hacia la Iglesia.

Aparte de nuestras lecciones, tenemos lo que nosotras llamamos las «lecturas de piedad», pequeñas charlas sobre la festividad del día o sobre un texto del Evangelio. La maestra, ante sus niñas, deja hablar a su corazón y les ofrece el fruto de sus meditaciones de la mañana. No podemos saber qué ecos se despiertan en las almas de las niñas con estas conversaciones, que han de ser muy sencillas y muy cortas, porque su brevedad es la principal condición para que alcancen éxito.

Permitaseme una vez más la evocación de mis recuerdos. En mi infancia tuve el honor de ser confiada a una educadora excepcional, en la cual revivían las más puras enseñanzas de la Madre María Eugenia. Todas las mañanas venía a darnos la «consigna del día», consigna que, según pude descubrir más adelante, había sido inspirada por el Oficio divino. Sus palabras han dejado en mi alma una huella imborrable. Un día, al exhortarnos a una mayor generosidad en los pequeños sacrificios, nos comentaba la Madre las palabras de San Pablo: *Momentaneum leve..., pondus gloriae*. Oigo siempre el acento de aquel *pondus* que aparecía a mi imaginación de niña como algo grave, precioso, casi mágico. Para adquirir aquel «peso de gloria», ¿qué significaba un pequeño sacrificio?, ¿qué era el sufrimiento de un día, *momentaneum*?... Con aquellas sencillas palabras se había dado el impulso.

Otra vez, la fiesta de San Pablo inspiraba la charla de la mañana y como consecuencia debía-

mos repetir durante todo el día: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Algunas veces se comentaban nuestros nombres y formulaba este deseo para una de nosotras que se llamaba Ana: «El nombre de Ana significa «gracia». Procura ser siempre para todos los que se acerquen a ti como un reflejo de la gracia divina.» ¡Cómo olvidar la fiesta del 2 de febrero, en la que nos presentaba a Cristo como nuestro guía y nuestra luz: «El anciano llevaba al Niño..., pero el Niño conducía al anciano.» O bien, con el buen San Francisco de Sales, acompañábamos al Templo a María, la Virgencita de tres años, «mientras los ángeles, para admirarla, se inclinaban sobre las balaustradas del cielo».

Las lecciones se tomaban alguna vez del Antiguo Testamento, para enseñarnos la manera de santificar nuestras alegrías ofreciendo a Dios su perfume. Nos decía la Madre: «Es preciso coger con gratitud las flores que se presenten en nuestro camino, sin moderar por esto nuestra marcha, imitando a los soldados de Gedeón, que en otro tiempo, y a pesar de estar muy sedientos, bebían en el hueco de sus manos al pasar el torrente, sin disminuir su celeridad.» ¿No era éste el mismo pensamiento que en otra forma expresaba la Fundadora? «Hemos de atravesar la tierra como viajeros, dando gracias a Dios por las cosas bellas y buenas que ha puesto a lo largo de nuestra ruta: las flores, los frutos, las almas virtuosas entre las cuales vivimos, los socorros que recibimos... Dios pone todo esto en nuestro camino, pero no quiere

que por ello nos detengamos en la vida...» Y así, poco a poco, casi a pesar nuestro, en el aire que respirábamos, en las lecciones que recibíamos, se formaba en nuestras almas ese sentido cristiano, ese espíritu de fe, que es el principal objetivo de la Madre María Eugenia y de sus Hijas.

Aún tenemos como palpable demostración este relato que la misma Reverenda Madre nos ha dejado de los primeros tiempos de la fundación. Se desarrolla ante nuestros ojos una escena de familia. «La experiencia supera en mucho en las niñas a cuanto yo hubiera esperado de ellas. Con mucha más facilidad de lo que nunca pensara, se cristianiza una inteligencia todavía novel... Estábamos ayer en recreo y hablábamos de los exámenes que lleva a cabo el Gobierno en las instituciones destinadas a las niñas. Los examinadores habían hecho preguntas poco adecuadas a la edad de las chiquillas. Quise entretenerme comprobando lo que responderían nuestras alumnas a preguntas de la misma índole, pero más a su alcance... Hicimos venir a todas y pregunté a Enriqueta qué cosa encontraba más bella entre todas las humanas:

»—La virtud, Madre—me dijo, al cabo de un instante.

»—¿Y cuál es para ti el más importante de todos los títulos, de todas las dignidades, de todas las grandezas?

»—Creo que es un sacerdote.

»—¿Y puedes hacerte una idea de lo que es la

verdad? ¿En dónde piensas tú que se puede encontrar?

»—En la Sagrada Escritura—me contestó.

»Las más pequeñas no quedaron demasiado satisfechas; querían que Enriqueta hiciera entrar al Papa en esta confirmación de la verdad, porque el Papa es uno de sus entusiasmos.

»Está muy lejos de mi ánimo hacer pasar como espontáneas estas respuestas de las niñas, pero en cosas de las que nunca se les había hablado expresaban por sí mismas ideas cristianas: era todo lo que nosotras podíamos desear.»

Sin embargo, estas ideas cristianas serían insuficientes si no penetraran toda la enseñanza. Ahora veremos a la Madre María Eugenia desvelándose por utilizar, para el bien de las almas, toda la cultura humana después de cristianizarla.

CAPÍTULO II

HACIA UN AMPLIO HUMANISMO

Un artículo de Dom Nicolás Perrier—en *Testimonios*—propone con sutileza el problema de un humanismo cristiano. El autor, basándose en la doctrina tomista, aconseja que se pongan al servicio de la verdad todos los recursos, todas las potencias humanas. Dirige sus miras a una utilización armoniosa de todos los valores y considera la cultura y la civilización como «el hombre en marcha hacia la plena humanidad». Y concluye: «El ideal del humanismo que es necesario realizar es Cristo Jesús. La Encarnación fué la humanización de Dios, la bienaventuranza es la divinización del hombre.»

Nos complace encontrar escrito por la pluma de aquella gran educadora que fué la Madre María Eugenia, y anticipándose en cien años, las mismas preocupaciones y la misma solución. También afirma ella que el cristianismo no sólo no disminuye la capacidad del hombre, sino que es el único que le asegura su desarrollo intelectual e integral. A propósito de esto escribe: «En el misterio de la Encarnación es donde todas las cosas humanas han

sido divinizadas y han encontrado su finalidad.»

«Todas las cosas humanas...» Desde entonces, sin tener al *gusano roedor* de los autores clásicos, incluidos los paganos, sin asustarse de los llamados estudios profanos, en circunstancias y momentos en que hace gastar tanta tinta la cuestión enseñanza, la joven Fundadora adopta una posición clara y prudente. Tratará de integrar en sus programas todas las formas del pensamiento y todos los aspectos de la belleza, «divinizándolos». En 1843, León Boré, profesor entonces de la Universidad de Múnich, escribía a la joven Superiora: «Si me inspira usted tanta simpatía, es porque observo cómo se inclina con inteligencia y generosidad hacia el ideal de un sistema de educación de acuerdo con las necesidades de nuestra época..., es porque no tiene usted miedo ni a la filosofía, ni a la poesía, ni a la literatura; en una palabra, porque no teme usted ni a la ciencia ni al arte, sea cual fuere la forma útil y decorosa que ambos revistan... No todo el mundo es como usted, no poseen todos su elevación de ideas, no todos tienen su amplitud de espíritu.»

León Boré somete sus trabajos a la Madre María Eugenia—que sólo cuenta entonces veintisiete años—y le ruega que revise y corrija las pruebas de una traducción de Stolberg. Interesa a la Madre en sus descubrimientos y la hace partícipe de su pasión por la Edad Media cristiana. Su correspondencia es un intercambio incesante de pensamientos elevados, de apreciaciones inteligentes sobre

los trabajos nuevos que aparecían; en ella se encuentran en germen las ideas fundamentales de las obras de Ozanam y de Montalembert. El arte atravesaba entonces por una nueva fase, y aquel soplo de vida intelectual pasaba también sobre la Asunción naciente. De aquí proviene el gran interés que demostraban por estas cuestiones y el placer experimentado por hombres que consideraban el arte como una misión, al sentirse comprendidos por aquella mujer de inteligencia excepcional que, muy modestamente, desde el trabajo anónimo de la educación, trataba de difundir sus ideas y alentar sus esfuerzos. La vemos simpatizar con todo aquello que se relacione con la verdad y la belleza; comprende la poesía, la historia y el arte, y a todo da su justo valor. ¿No es su idea dominante en la labor educadora servirse de todas las bellezas creadas para elevar las almas al Creador, sin despreciar ninguna de las fuerzas humanas y empleándolas más bien a todas en la mayor gloria de Dios y la difusión de su reinado?

No cabe dudar que era una feliz iniciativa. Como lo hace observar el Reverendo Padre Ludovico de Besse (1), «asistimos al desarrollo y al triunfo de las ciencias naturales». Dios ordenó en otro tiempo a nuestros primeros padres que sometieran la tie-

(1) Capuchino de la provincia de París. Autor de *La Ciencia de la Oración* y de *La Ciencia del Páter*. Fué uno de los que mejor comprendieron la espiritualidad de la Madre María Eugenia. Conoció y trató a la santa Fundadora durante más de cuarenta años, y hace conocer sus rasgos más destacados en un folleto titulado *La Madre María Eugenia y su obra*.

rra a su dominio. «Gracias a los inventos que se suceden incesantes, ve aumentar el hombre su poder en el orden material.» Pronto no tendrá la Naturaleza secretos para él, pero en lugar de atribuir a Dios todo honor y toda gloria, se enorgullece de su superioridad y se encumbra hasta el punto de llegar a creerse igual a Él... Y prosigue el Padre Ludovico de Besse: «He aquí sin duda alguna un gran peligro para la humildad de la fe cristiana, y este peligro amenaza a todo el mundo, a medida que la ciencia vulgariza sus inventos y lleva a la inteligencia de las masas la teoría de una posible y completa independencia del espíritu humano. De esta manera se ve claramente que los males de nuestros contemporáneos provienen sobre todo de una ciencia que se aleja de la fe, y para curar estos males, ¿no es preciso entrar en los propios dominios de la ciencia, demostrando a todos, por ejemplo, *que se puede continuar siendo creyente aunque se llegue a ser muy sabio?*»

Este fué el mayor estímulo de la Madre Maria Eugenia de Jesús: quiso dar a la formación intelectual femenina —al mismo tiempo que las más firmes ideas sobre la fe— todas las amplificaciones que exigen hoy los progresos de la ciencia. No se asustó ante esta atrevida empresa, porque la realizó sin olvidar ninguna de las condiciones requeridas por la prudencia cristiana... Al lanzar a las religiosas y a sus jóvenes alumnas en medio de los peligros de la ciencia, pone a salvo su humildad, colocándola al amparo de una piedad pro-

fundamente sentida. Sorprendida por la vulgaridad de los estudios que se llevan a cabo en numerosas Congregaciones dedicadas a la enseñanza, escribe la Fundadora: «Lo que más perjudica a estos estudios es una inferioridad de desarrollo... Claro es que no se refiere este desarrollo a la cantidad de cosas aprendidas; es, por decirlo así, el engrandecimiento de la inteligencia y del carácter al poseer la verdad que una ciencia estudiada con amplitud presenta en muchos más aspectos.»

En una carta que escribe al Padre d'Alzon, en 1842, vuelve a su primera idea: «La experiencia nos había demostrado que las mujeres, por lo regular, reciben una instrucción completamente superficial y, por lo tanto, sin utilidad para sus hijos y sin conexión alguna con su fe, contra la cual se vuelven siempre sus estudios, por poco que éstos se prolonguen... Lejos de nuestro ánimo pensar que la educación de la mujer deba componerse de futilidades. Creo precisamente que se puede prescindir de ello, ya que está llamada a gozar de todas las ventajas de la instrucción, aunque le falte la fama de que la tiene. Su gran ciencia está en aquello que menos aprenden: leer, escribir y hablar su propia lengua con facilidad y sencillamente. Para que los demás estudios sean útiles a la mujer, para que realcen su dignidad moral, es necesario que los llene el cristianismo. Éste es nuestro plan y se basa en un sinnúmero de razones que podemos aducir.»

La Reverenda Madre va a exponernos este plan

de una manera más explícita, a petición de Monseñor Dupanloup: «Nuestra vocación es servir a las almas. Tanto en todas nuestras lecciones como en nuestras relaciones hemos de tener siempre ante la vista el alma de la niña, sin ofrecerle más pensamientos que aquellos que se relacionen con Nuestro Señor Jesucristo...»

Y pasando revista a las diversas disciplinas intelectuales, escribe:

«*Lengua francesa*: Estrecha correlación de la idea y de la palabra. Importancia de proporcionar a las niñas un lenguaje puro, sencillo y preciso. Cuidados que hay que tener, desde la primera infancia, para desarrollar el juicio a propósito de la enseñanza del idioma. Después, en las lecciones de estilo, tratar de hacer expresar las ideas justas y cristianas en forma sencilla y pura.

«*Historia de la Literatura*: Enseñar a las niñas la belleza de todo lo que es verdadero, bajo una forma noble y pura. Inspirarles el desprecio de todo aquello que rebaje el alma, las falsas bellezas, las cosas peligrosas y de mal gusto.» La Reverenda Madre concede un lugar importante a la lectura de los grandes escritores, especialmente los clásicos, como forjadores esenciales del espíritu.

Continúa la Fundadora:

«*Historia*: Después de la enseñanza religiosa es el estudio donde el espíritu de las niñas puede recibir mayor cantidad de nociones generales... Cuando se trate de Historia antigua, servirse de las apreciaciones de Bossuet.

«Maravillas de la Historia del pueblo de Dios. Imperfección de las virtudes paganas que, no obstante, atestiguan la existencia de *fuerzas naturales que nosotros no utilizamos bastante*. Desde la venida de Jesucristo, acción de la Iglesia sobre el mundo y sobre cada nación en particular. Hacer resaltar los grandes caracteres que la Iglesia ha formado. Tratar de marcar la característica de cada siglo desde el punto de vista de sus grandes reyes, de sus grandes santos, de sus grandes doctores y de sus obras de fe y de abnegación. No multiplicar demasiado los hechos; dar solamente ideas generales que se puedan aplicar después a otros similares.»

La geografía, las matemáticas, las ciencias, ocupaban también su lugar en esta enseñanza, inspirándose siempre en el mismo espíritu y tratando de «mostrar a Dios en sus obras». No tardó en añadirse la filosofía a este programa, muy completo ya para la época en que apareció, y el cual, apoyándose siempre en las mismas tradiciones, se ha desarrollado ampliamente, de acuerdo con los modernos descubrimientos y según las exigencias de una sociedad ávida de saber y... de diplomas.

La Reverenda Madre había previsto este desarrollo: mirando al porvenir, tuvo en cuenta la época en que estos exámenes llegarían a ser obligatorios y serían, por lo tanto, el único medio que nos permitiera rivalizar con la enseñanza del Estado. Abierta sin reservas a todo progreso que fuera un medio de conquistar almas, lo estaba

asimismo a cualquier forma que adoptara la verdad y la belleza. Tenía por costumbre mirar las cosas de frente; no temía a la realidad, y la mayor característica de su privilegiada inteligencia era una asombrosa amplitud de ideas. Veamos una vez más cómo lo hace notar al Padre Ludovico de Besse: «La Madre Maria Eugenia sabía que cuanto hay de bueno en las criaturas viene del Creador y debe servir para su gloria.» Tenía, pues, el corazón y el espíritu abiertos hacia la tierra, buscando por todas partes cuanto fuera capaz de proporcionar alimento a su celo y a su piedad. Acogía con amabilidad a los laicos y a los sacerdotes, a los sabios, a los literatos y a los artistas. Podríamos citar aquí a los Cardenales Gousset, Pitra, Manning, Pie, Mermillod; Monseñores Parisi, de la Bouillerie, Gerbet, Salinis, Dupanloup, Gay, De Ségur, D'Hulst, etc... Dom Guéranger, el Padre Lacordaire, el Padre Jandel, el Padre Monsabré; señores de Cazalès, de Montalembert, Louis Veillot y muchos más entre los que dieron impulso al movimiento católico de nuestro siglo.

«Introdujo en sus pensionados a los profesores más sabios, para que organizaran allí cursos o dieran conferencias a las niñas bajo la inmediata vigilancia de las religiosas, que comprueban así las enseñanzas del maestro. Atraía a sus casas, de buen grado, a religiosos de todas las Órdenes. La atención que prestaba a sus palabras revelaba claramente la grandeza de un alma ávida de luz y de virtudes. Hacía pensar en la abeja laboriosa

que, posándose en todas las flores, toma de cada una lo mejor de su jugo, para volver luego a su colmena y llenarla de miel. Prácticamente era la Naturaleza al servicio de la gracia, y las ascensiones hacia las cumbres de la ciencia facilitaban la asunción de las almas hacia el cielo. Todo esto explica muy bien la elevación que dió a los estudios profanos que, bien dirigidos, son un medio maravilloso para que se desarrollen los talentos que el Señor nos ha confiado.

La *amplitud de miras* de la Reverenda Madre llamaba la atención de todos los que se aproximaban a ella. Se quedaban atónitos ante una inteligencia tan perspicaz, «que captaba con la mayor prontitud las más difíciles cuestiones, explicándolas después de una manera clarísima y con la mayor exactitud.

«Por qué no nos enviará Dios tres o cuatro hombres como esta mujer admirable?», escribe Monseñor Doney, Obispo de Montauban entonces y luego Arzobispo de Burdeos.

Parecida observación nos hace la pluma del Padre d'Alzon: «Estas mujeres humillan a muchos hombres por el desarrollo de sus inteligencias y la amplitud de sus ideas.»

El mismo Padre, durante su estancia en París para predicar allí la Cuaresma de 1846, quiso asistir a los exámenes de fin de trimestre en nuestro pensionado de Chaillot. Almorzaba en aquella fecha en Stanislas, y he aquí lo que escribe a la Superiora al día siguiente: «...Se habló, como es

lógico, de educación, y declaré con orgullo que acababa de asistir a un examen de chiquillas, que tal vez no serían capaces de aventajar escolares de más edad encuadrados en determinados cursos de filosofía.

«Creía yo contar a mi auditorio alguna novedad, cuando el Abate Gratry, que pretende ser deudor de una gran suavidad de costumbres a su educación, recibida en gran parte en un pensionado femenino, tomó la palabra y extendiendo la mano, con el ademán que usted conoce, dijo:

»—Yo conozco eso...

»—¡Cómo! ¿Lo conoce usted?—pregunté, asombrado.

»—Sin duda alguna—prosiguió el Abate Gratry—. Verá usted, hay en el mundo un señor Michel (1); este señor Michel ha publicado un libro del Padre Girard (2), y como la aplicación de esta obra se hizo en las Damas de la Asunción (ya ve usted como conozco el asunto), habló de ello con el Ministro, a cuya casa va algunas veces por la noche. Y aún le diré más. Le diré que el Ministro quisiera hacer un informe detallado sobre los procedimientos empleados en este método, confirmados después por la experiencia. Y precisamente me ha encargado, como sacerdote, que vaya a ver a esas señoras y a enterarme de si permitirían que

(1) Inspector de Enseñanza.

(2) Sacerdote suizo, director de academia, autor de un *Curso educador de la lengua materna* y creador de un método premiado por la Academia Francesa. Murió en 1850.

fuéramos un día a su casa para tomar datos sobre los resultados obtenidos. Todavía hay más. El señor Dubois, a quien el Padre d'Alzon habló el año pasado de estas religiosas, quiere conocerlas y me decía hace días que le agradaría mucho acompañarme en mi visita cuando vaya a comunicarles los deseos del ministro. Como puede ver —añadió el señor Gratry—, conozco muy bien aquello.♦

¿Se llevó a cabo la visita ministerial? No lo sabemos, pero esta carta tan halagadora para el pensionado de Chaillot tuvo que llenar de santo gozo el corazón de la Fundadora.

Vigorosa y eficaz en sus ideas, la Madre María Eugenia, más aún que cultivarlas, las sembraba en las almas. Las que vivían a su lado recibían mucho, sin darse cuenta de ello: los conceptos, tan llenos de amplitud, de la Madre quedaban impresos en el alma y allí permanecían; ésta es la causa de la perfecta unidad de espíritu de la Asunción a través de tantas y tan varias personalidades.

Esta amplitud de miras ha sido y es una de las notas predominantes de la Asunción. Una antigua alumna lo hace observar: «Uno de los caracteres de la educación que recibíamos era la claridad de inteligencia. Ya en aquel tiempo se había organizado en el convento (calle de Lubeck, en 1893) una serie de conferencias, de muchas de las cuales conservo todavía las notas que tomaba: los señores Doumic, Henri Bordeaux, Paul Bourget, Vincent d'Indy, Tissandier, único superviviente del

Cenit; el señor de Lapparent, Camille Ballaigue y René Bazin venían a hablarnos, por turno. Seguramente fueron ellos los que me hicieron ver con mayor claridad cuanto sé sobre literatura extranjera, arte, ciencias e incluso sobre personas tan poco *conventuales* como Verlaine. Nos enseñaban con una profundidad, una claridad y un interés que todavía me apasionan.

»Nuestra falta de instrucción no quedaba limitada ni confinada. Me acuerdo aún de todo lo que nos leían en tercera, segunda y primera división: fragmentos de los autores que estudiábamos o sencillamente libros buenos, ya fueran prosa o ya poesía... Si se trataba de una lección de Gramática, de Historia de la Iglesia, de Historia o de Literatura, siempre teníamos al final diez minutos de lectura de un autor que refiriera algo relacionado con la lección del día. Era apasionante y nos *hacía despertar*.

»La educación científica estaba entonces menos adelantada que en la actualidad, y a decir verdad, nos pasábamos muy bien sin ella. Lo mismo sucedía con la educación artística, y esto me parece muy lamentable. Estaba admitido entonces que el punto final de la educación se diera en familia, después de haber salido del convento; pero, al menos, allí se nos hacía sentir interés por el arte y se nos animaba para que realizáramos visitas artísticas. Siento una gran afición a la geología, que se despertó en mí después de oír en el convento una conferencia del señor de Lapparent, que me

hizo comprender la mística de las piedras que yo recogía con convicción desde mi más tierna edad.»

La misma alumna recuerda que era actriz en los días de gran fiesta. Vale la pena señalar el detalle, porque es una demostración palpable de esa amplitud de ideas de que antes hablábamos. «He representado en el convento muchas tragedias y comedias, y nuestra Madre prohibía siempre los «cortes» en las obras maestras de los clásicos. Esto parecerá hoy muy natural, pero en aquella época era una rarísima amplitud de espíritu. La Fundadora y las Madres nos prevenían siempre contra toda clase de exageraciones.»

Esta carta, dentro de su misma sencillez, destaca bien claramente lo que caracteriza la inteligencia de la Fundadora y lo que es el espíritu de la Asunción en el terreno de la enseñanza. Es preciso citar aquí una conversación de nuestra Madre, conservada por la Madre Teresa Emmanuel: «¿Qué es lo que enseñan ustedes?», preguntaron a la Madre María Eugenia, y ella respondió: «Enseñamos lo que se enseña en todas las casas dedicadas a la educación: Historia, Geografía, Literatura, Ciencias, labores de adorno..., pero nada de esto es lo característico de nuestro Instituto.

»En mis ideas, no es la instrucción lo más importante para una mujer. Saber un poco más de esto o de aquello, conservar en el espíritu determinadas cosas aprendidas en un libro y que allí se han ordenado, no es, a mi juicio, lo que da la superioridad de un espíritu sobre otro. Esta

superioridad consiste más bien en la categoría que alcanza dicho espíritu, en su temple especial y en el carácter que se imprime en él.

«No es un mal que nuestras niñas no tengan mucha imaginación; lo que hemos de desear es que tengan mucha seriedad en sus ideas y estén firmemente convencidas de ellas. Según las circunstancias de la vida, podrán no ser siempre fieles a sus principios, pero después sus principios las conducirán a conclusiones razonables y cristianas, que pondrán en acción.»

Escribe la Fundadora al Padre d'Alzon: «No hay que matar esta doble facultad—la inteligencia y el amor—que vive de aire y de luz... Sería una obra temeraria y orgullosa tomar a cada una de las almas que Dios nos envía para *elevantas* a la mayor altura posible en la esfera de la inteligencia y del amor, para ligarlas a Dios sólo, *dejarlas libres* hacia Él y únicamente tener autoridad para impedirles que vuelvan a caer en el mundo inferior, en las apreciaciones humanas y en el goce de las cosas inferiores...»

Ya lo estamos viendo: la instrucción no es más que un medio y no un fin. Al desarrollar la inteligencia de las niñas, al nutrir su espíritu con ideas de fe, sólo trata la Reverenda Madre de preparar mujeres cristianas, armadas para el combate de la vida, de sólidas convicciones que las mantengan siempre a la altura de sus deberes. Por eso, en este estudio y siguiendo a la santa Fundadora, damos tanta importancia a la formación de la

inteligencia. Una vez que el espíritu esté firmemente cristianizado, seguirán las obras como consecuencia; pero sin principios, nunca podrán existir los caracteres. La Fundadora lo confirma cuando dice: «En nuestros días son débiles los caracteres, porque las verdades están aminoradas en las almas. Los grandes principios son los que forman los grandes caracteres.»

En otro lugar, y volviendo sobre la misma idea, escribe: «Damos a nuestras hermanas profesas un desarrollo de espíritu bastante grande, con el fin de que sean capaces de comunicar este mismo impulso a sus alumnas y puedan darles así una educación más sólida. En determinadas ocasiones se nos ha censurado por hacer que nuestras hermanas jóvenes aprendan latín y lean algunos extractos de los Padres. Sería, en efecto, poco necesario si únicamente se tratara de formar maestras de Gramática o de Geografía; mas para realizar lo que nosotras intentamos en la educación, es decir, *formar en un alma el carácter cristiano*, son precisos conocimientos más extensos, un cuerpo de doctrina y fundamentos sólidos que puedan ser el punto de partida para ulteriores desarrollos.

»La instrucción se lleva aquí muy lejos, pero lo que da carácter a nuestra educación es, sobre todo, el espíritu en que se basa. No estimo en absoluto esa enseñanza que se reduce únicamente al saber; doy valor a lo que eleva la inteligencia, a lo que imprime en ella un sello de superioridad en las concepciones intelectuales: a los sentimientos cris-